

**RAMON J. VELÁSQUEZ
EN SUS 90 AÑOS (*)**

Julio Barroeta Lara ()**

*En esos días había caído acribillado a balazos,
en una calle de Caracas,
un amigo de mi infancia,
mi compañero de liceo y Universidad,
un hombre de mi generación,
de mi tierra y de mi afecto. R.J.V.*

Si para el común sólo el acontecer presente se halla vivo, no así para este historiador de muchos libros y periodista de elevado rango Ramón J. Velásquez, quien ve al país en el presente pero siempre con proyecciones hacia delante y partiendo del tiempo pasado, que de ese modo nunca es tiempo perdido por ser el más valioso atesorado fondo de la conciencia pública. Velásquez al periodismo lleva, y en cada periodista hay un historiador activo, su propia concepción sociológica del transcurrir venezolano. En su mente diversificada bullen la vida de hoy que corre por la calle y los próceres civiles y de la guerra que por ella caminaron, como igual un Cipriano Castro, político de aventura, o un impetuoso Joaquín Crespo que más tenían todos de caudillos recios que de conductores de pueblos. Estos prominentes personajes valen para un historiador que

(*) Este capítulo ((VII)) es parte de trabajo de mayor extensión, inédito, titulado *El Nacional. Propulsor del humanismo y la modernidad*, presentado por el autor en la Universidad Central de Venezuela, en 1991, para optar al grado de Profesor Titular. El original, posteriormente, fue sustancialmente ampliado en contenido y número de páginas.

(**) Socio correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Doctor en Historia de la Universidad Central de Venezuela.

valora más el por qué del hecho que el hecho mismo. Mucho habrá en ello de intención educacional. Están el avisado Guzmán el Viejo e igual su no tan nuevo ni tampoco lerdo hijo Antonio Guzmán Blanco.

Debido a esas orientaciones basadas en lo que significa el estamento cultural y económico del país, a partir de la interpretación de su socio-historia, será Ramón J. Velásquez uno de los directores que más ha beneficiado al diario *El Nacional*. Allí, junto con sus libros, que no son pocos, y el ejercicio de un veterano periodismo que en este diario se prolonga, está el sumun de su obra. No se queda en las circunstancias del momento y de ese modo aporta su concepción particular en cuanto a la función dinámica de un diario y de lo que significa la penetración de sus contenidos en la creación y afirmación de una conciencia nacional. Elio Mujica, pariente muy cercado de don Antonio Arraiz, le repetía de modo empecinado:

-Vuelva doctor Velásquez, vuelva usted a la época de oro de este diario.

Habíamos, Elio y yo, conversado ese punto de vista suyo en diversas ocasiones. Eramos amigos desde nuestros primeros años juveniles. No hubo tal “época de oro”. Entiendo que por haberse quedado anclado, como tantos otros, en tiempos irremediamente idos, tenía unida en la mente su adolescencia, sus iniciales artículos de prensa y los eufóricos momentos en que llegaba la derrota del fascismo, la bonachona sonrisa internacionalizada de Franklin Delano Roosevelt, y aquí, en nuestro ámbito, veíamos cambios tales como la aceptación gubernativa de que el venezolano común tiene derecho a participar de todas las libertades constitucionales, producto sagrado, único, del sistema republicano pleno. Estábamos comenzando a salir de una infancia cultural. El periódico le aparecía como resumiéndole sólo una parte de aquellos anteriores momentos y eso le impedía ver el avance logrado por mano de los otros directores a partir del acertado arranque de Antonio Arraiz en cuanto a la incorporación de nuevas estructuras y de otros buenos periodistas. Bien sabemos que fue una bella época, pero igual que no hay regreso en el transcurrir de los días. Está fuera de la realidad quien ignore la sentencia heraclitana:

“No nos bañamos dos veces en el mismo río”.

De San Juan de Colón en viaje a la presidencia de la república

A Ramón J. Velásquez lo envían sus padres a estudiar en Caracas en los turbulentos años en los cuales desaparece Juan Vicente Gómez y de allí prosigue una parábola de vida que viene desde San Juan de Colón, pequeña población del Táchira donde ha nacido, y va en el rumbo que le señala su estrella hasta llegar a la presidencia de la República, lo cual a primera vista luce insólito en un país como el nuestro, no siendo él militar ni jefe de partido político. ¿Su éxito dónde se incubó? Digamos en esa sensata inteligencia que le ven sus compañeros de estudio en la Universidad Central y de allí que lo elijan para presidir la Asociación de Estudiantes de Bachillerato, a la cual mueven emociones juveniles propias de la edad pero no frivolidades. Él está iniciando su veintena. La entusiasta entidad ha sido constituida para darle apoyo a la fogosa Federación de Estudiantes Universitarios, el decisivo año 36, jefaturada por Jóvito Villalba, organización que en tantos aprietos pone al presidente López Contreras, entonces enfrentando el compromiso de restablecer el sistema republicano al concluir la dictadura, tarea nada sencilla, presionado como está por el huracán social de la calle, turbulencia movida por una fuerza estudiantil que ha colocado como lema un agresivo desafío:

“Primero la muerte que una nueva dictadura”.

Debido a esa misma condición, la de ser aplomado, de sus notorias cualidades intelectuales y su vocación de periodista, es por lo cual Velásquez habría de llegar, entre tantos aspirantes de mérito, a la dirección de este alto estrato de nuestro periodismo al que sería llamado en dos ocasiones: 17 de marzo de 1964 a 2 de octubre del 68, y del 5 de abril del 79, cuando entrega la gestión al nuevo director Arturo Uslar Pietri. En esa institución los directores entran y desempeñan ciclos convenidos.

Tenemos una estrella y un rumbo

Ramón J. Velásquez era mencionado por sus amigos, hasta que las canas le devoraron los cabellos negros, como Ramoncito Velásquez, lo cual ha debido ser porque su padre tenía el mismo nombre, Ramón Velásquez, e igual era hombre de letras. Leonardo Ruiz Pineda, cuando desde la clandestinidad los acción democratistas hacen esfuerzos en el

intento de rescatar el sistema republicano secuestrado por la autocracia del general Marcos Pérez Jiménez, lo mencionaba de esta manera.

*-Vete donde Ramoncito Velásquez y llévale estos papeles...
-dice Leonardo la noche que lo mataron, a Santos Gómez.¹*

Abogado que bien podría parafrasear a José Martí: “colgué de un árbol marchito mi muceta de doctor”, y añadirle, como igual ese prócer inminente lo hizo, que se dedicó profesionalmente al periodismo. En sus funciones de director debe moverse dentro del campo minado por la OLA (Organización Latinoamericana Anticomunista) empeñada en acorralar al periódico bajo la acusación de que está en la línea de la revolución fidele-comunista. En esa trinchera él debe consolidar lo logrado por los directores que le han precedido, trabajo no fácil. Un espinero. Su esencial alerta será en mantener un equilibrio editorial. Si Raúl Valera, antecesor en su segundo periodo, es un derivado del liberalismo conservatista, él está cercano a una izquierda equilibrada que reclama el funcionamiento absoluto del sistema republicano, con sus tres poderes auténticos y no maleados, tal ocurre cuando se desliza en esa cosa pelotuda, difusa, e interesadamente llamada democracia, palabra que es más adjetivo que sustantivo e igual sirve para un roto que para un descosido.

En esos afanes está cerca de los acción democratistas; y, más que eso, se ha metido, tal vimos, en la brava candela de la lucha clandestina, debido a lo cual es encalabozado por la dictadura durante tres años y tres meses en la Cárcel de Ciudad Bolívar, cuando muchos de quienes han disfrutado del gobierno de AD están bajo la cama o en exilios dorados, a la espera de regresar nuevamente a los generosos playones de la burocracia.

Su presencia en *El Nacional* en esta década de los años sesenta prosigue aquietando a los comerciantes e industriales y en algo también los nervios de los gobernantes, entre otras porque ha sido Secretario de la Presidencia

1. GUIDO ACUÑA. “*Cuando mataron a Ruiz Pineda*”. Caracas. Edic. Rafael Arévalo González. p.579.

de la República en el mandato de Rómulo Betancourt , blanco central de los ataques comunistas de la guerrilla armada y en general de la prensa opositora, toda vez que además lo han visto saltar de militante del comunismo activo a militante igualmente activo del anticomunismo, pues Betancourt no es hombre de medias tintas. Con Betancourt ha roto Velásquez debido, se ha dicho, a intrigas palaciegas. La envidia está tras de la puerta. Mala figura es, al fin de cuentas, quien no tiene malquerientes, porque será entonces un Tartufo y sólo éstos, los hipócritas, están en armonía con todo el mundo.

Años adelante lo entrevista Marlene Risk:

En mi primera etapa como Director del periódico recuerdo el tiempo de conflictos políticos en que vivía envuelto el país. Acababa de terminar el periodo presidencial de Rómulo Betancourt durante el cual ejercí la Secretaría General de la Presidencia de la República. Fue un tiempo de guerrillas, conspiraciones y alta tensión política que continuó en los primeros años del gobierno de Leoni. Las dimensiones de la vida nacional estaban caracterizadas por el deseo de recuperar la paz política y de liquidar el experimento guerrillero.²

A la vieja casa en distinguido retorno

Es Ramón J. de la vieja guardia de *El Nacional*. Tiene raíz en el caserón centenario de tejas, caña brava y tapias donde ha nacido el periódico el 3 de octubre de 1943, en un parto de máquinas casi arrancadas de la fundición de cañones y fusiles destinados a la Guerra Mundial que la libertad está librando contra la barbarie del autocratismo. Esa sede inicial se halla situada en el propio centro de Caracas, entre Pedrera y Marcos Parra, sólo a cien metros de la Universidad Central, hacia el Este, y a doscientos cincuenta metros al Sur Oeste de la Plaza Bolívar. Su redacción, recuerda, estaba dotada “con máquinas de escribir y los talleres con los venerables linotipos.” Se inicia escribiendo artículos y comentarios

2. Entrevista con Marlene Risk. “El Nacional por Dentro.” Caracas. Edit. El Nacional. Agosto 1988.

en la páginas de opinión, prestigiosa 4ª Página, el mismo año de la fundación del diario. Dirige Antonio Arraiz.

En reciente fecha, para darle la mayor fuerza testimonial a este relato, sostuve con él esta entrevista, que inicio con la pregunta:

-¿Cómo fue su ingreso en este diario?

Para nada Velásquez tiene que memorizar. Habla como si todo lo tuviese frente a una pantalla y no hubieren transcurrido más de seis décadas. Entre sus amigos es famosa la memoria que le asiste y donde habitan recuerdos de su Táchira de la infancia o los más intrincados entreveros de nuestro transcurrir histórico vividos o leídos. Están allí, digamos en batalla viva, no sólo José Antonio Páez o José Tadeo Monagas o Joaquín Crespo y cualesquiera otros de los grandes protagonistas que registra en su excelente obra *El paso de los héroes*, sino igual personajes de escasa sonoridad pero que igual fueron importantes en los mecanismos operativos ignorados por otros historiadores. De esa entrada como periodista en el equipo de *El Nacional*, entonces domiciliado aún entre las esquina de Pedrera y Marcos Parra, de viva voz me da este apunte:

-Estando en un acto que se realizaba en la Universidad Central, Miguel Otero Silva me preguntó:

-¿Qué te parece el periódico?

-Yo le dije: Comienza con él una nueva etapa en el periodismo venezolano”.

-Yo le añadí:

-Corresponde a las consecuencias de este gran acontecimiento que ha sido la Segunda Guerra.”

-Miguel habló de nuevo:

-¿ Porqué no escribes para él? ¿En cuál sección?

-En Belvedere.³

Me comenta que él publicaba sus escritos en los diarios *El País*, de Acción Democrática, y en *Ultimas Noticias*, entonces recientemente fundado. Firmaba con las iniciales RJV. Y añade:

3. ANTONIO ARRAIZ. *El Nacional*. Mancheta 6 marzo 1945

-En esa columna Belvedere, aludida por Miguel y prestigiada, entre otros, por Juan Liscano, escribí como Ramón J. Velásquez o como J. R., e igual utilizando el nombre de un personaje muy popular en el Táchira, de apellido Montilva. Pasado poco tiempo, Miguel me dijo: "José Antonio Mayobre se va a dedicar a la venta de seguros. Le han ofrecido doscientos bolívares más del pago que aquí tiene." Y en ese entonces no dejaba de tener importancia tal aumento.

Por mi parte agregó, para colocar un parámetro ilustrativo, que la entrada al cine "Principal" o al "Rialto", los de lujo, costaba un bolívar o algo menos y el pasaje de autobús a Sabana Grande, desde el centro de la ciudad, Bs. 0,25; es decir, un cuarto de bolívar. En esos días comparto actividades en la sección de Economía con José (Chepino) Gerbasi, a quien evoca como el "Gran Chepo Gerbasi", extraordinario pesquizador al cual no escapaban los datos más escondidos que hubieren en Miraflores o en los despachos de los ministros, que así también todos lo recordamos. Fue cuando, y lo refiere don Ramón J., lo llamó Alejandro Oropeza Castillo, -por cierto para mí, Julio Barroeta Lara, siempre grata figura para recordar con agradecimiento y profundo afecto-, y con él se fue a crear relaciones para la Coporación Venezolana de Fomento, entidad que Oropeza presidía.

-Mi contacto habitual, de oficio, con el diario -evoca- fue Francia Natera, excelente periodista.

Y luego de añadirle a este diálogo que comparto su punto de vista respecto a Francia, le anoté un comentario hecho por él a propósito de una pregunta:

-Miguel nunca se separó del periódico, aunque no estuviera visible. Cuando llegó la OLA y su boicot al diario, y esto tiempo adelante, Miguel alquiló dos apartamentos en un edificio que está frente a la sede actual del diario, de Puente Nuevo a Quebrado, y allí se instaló a enfrentar la situación. Tenía como asistente a Pedro Juliac. Le fue necesario hacer obligadas concesiones temporales para que no desapareciera la empresa. Tuvo que prescindir de muy buenos colaboradores y periodistas de planta. Especialmente de los comunistas o afines. Arístides Bastidas se salva, pongamos por caso, debido a que es dirigente sindical, excepción resguardada por la ley.

Le apunto que Miguel, y en eso me muestra su acuerdo, fue el artífice de la triunfadora estrategia y su realización ante el boicot de la OLA (Organización Latinoamericana Anticomunista). Especial tarea para él ha sido conseguir el director exacto que reclama cada etapa de ese proceso agresor que en buena parte ha debido tener su raíz en que Miguel Otero Silva fue militante del comunismo en sus tiempos de joven universitario y un poco más acá.

De allí, entiendo y no comprometo en ello criterios de otras personas, que no fue por azar la selección de Antonio Arraiz para abrirle paso al diario como su primer director. Arraiz no era por nada un proyanqui, en el sentido peyorativo que interesadamente se le ha dado al término, pero sí un abierto admirador de Estados Unidos en la fase humanística protagonizada por sus grandes pensadores. Cierzo que en Estados Unidos todo es acción; pero acción razonada, sensata. Loquitos no manejan un imperio.

Se le reconoce a Velásquez que esos años del 64 al 68 fueron de crecimiento constante de publicidad y redacción en el periódico, hecho que corresponde a la ratificación de la confianza que el lector adquiere tanto debido a la objetividad de las informaciones como de la categórica definición ideológica del diario. Una visión de estos directores, y en mi estudio sólo llego hasta con quienes trabajé, digo Quirós Corradi, eran los adecuados para el momento de dar esa batalla defensiva contra el agresor boicot. Esto no sólo por el respectivo prestigio personal de cada uno de ellos, y de sus correspondientes niveles intelectuales, y la proyección que tenían difundida en la colectividad, sino, además, debido a las indispensables condiciones esencialmente periodísticas para manejar un órgano de prensa diferenciado y llevarlo, con acertado criterio, a un progresivo auge. Para fracasar, cualquiera sirve.

Al ingresar, Ramón J. Velásquez está un tiempo allí en condición de redactor en la sección de Economía, hasta cuando, pasado a *Ultimas Noticias*, lo arrastra el turbión de la política, otra de sus inclinaciones. Ocurre al llegar la conmocionada elección presidencial del año 45. Tal se ve, su carrera personal está signada por grandes impactos sociales.

En esas fechas se agita el ambiente con las elecciones presidenciales y es llamado por el candidato Diógenes Escalante para que le asista en

condición de secretario de campaña. Escalante lleva la representación del presidente Medina Angarita y su agrupación el Partido Democrático Venezolano (PDV), en acuerdo logrado con Acción Democrática (AD), por lo cual de ese modo queda proyectado comocandidato único de coalición. El doctor Escalante es el embajador de Venezuela en Washington.

Grande ha sido en esos cuatro años el cambio de mentalidades en el ámbito nacional , mucho de ello debido a la internacionalización de la política, indetenible proceso que pronto, el 45, traerá la fundación de Naciones Unidas. De ella, Venezuela será miembro instituido. La trascendente importancia está en que dentro de los niveles universales el ciudadano común va logrando una participación mayor en la vida pública y de ese modo un firme paso en el camino hacia la despersonalización del poder, el más alto logro en la vía de extinguir el caudillismo arrabalero y montaraz. De otro modo no se explica ese acuerdo, aunque mejor sería denominarlo avenimiento, dado sus particularidades. Digamos: no habiendo afinidades entre estos irreconciliables frentes polarizados constituidos por Acción Democrática, de un lado, y por el otro Medina, con su PDV, y su transitoriamente ceptado, como una especie de pariente lejano y de otro apellido, Partido Comunista. Opera la fuerza de las circunstancias. Ambos también podrían decir que del zorro el pelo.

Este PDV concentra una importante corriente de renovación política pero, a la verdad, es una especie de partido fachada del régimen. No así Acción Democrática (AD) frente de oposición atrincherada que comanda el aguerrido Rómulo Betancourt y que, no obstante su entonces escasa dimensión, muestra mayor autenticidad debido a la espontánea energía ciudadana que concentra. Siendo un buzo conocedor de nuestra política y sus picarescas, Betancourt no perderá de vista que Estados Unidos es el Neptuno de la galaxia con su enorme peso gravitando sobre América Latina y calibra paso a paso la influencia eventual adquirida por comunismo en estos predios , facilitada por la unión circunstancial del llamado mundo libre con la Unión Soviética en la lucha de emergencia contra la trilogía constituida por los dominios de Hitler, Mussolini, el emperador Hiroito.

El hombre habla y las circunstancias disponen

El punto de coincidencia se halla en que Medina está evolucionando hacia ser un centro liberal y Betancourt, que viene de la izquierda comunista, va buscando un acomodo. Ello, en tanto el ex presidente Eleazar López Contreras, frente a un país alborotado con el nuevo sistema bastante liberalista de la post-dictadura que trae un cambio al cual no está acostumbrado, desea presentarse como intérprete de una nueva realidad. Lo apoya la derecha recalcitrante y un clero al que no entusiasma ese tipo de cohetería democrática, pues detrás de todo eso ve tomar posiciones al barbudo socialismo materialista de Carlos Marx. Esta distensión sociopolítica traerá lo nunca visto. Las instituciones crujen. Ocurren desbordes. Por caso, el caricaturista Leoncio Martínez (Leo) se atreve a publicar en su periódico *Fantoches* un dibujo suyo en el cual aparece un sacerdote sentado en una silla echándose alegremente tragos de ron a pico de botella. Es un cambio brusco en el trato público a instituciones sacralizadas. Desenfado jamás visto hace que se crispen los sectores del conservatismo y, sin más, en ello vean un avance de las disolvencias sociales traídas por un izquierdismo ruedalibre. Se oyen voces como la del prestigioso doctor José Izquierdo, quien, preocupado ante la inusitada turbulencia que no parecía tener freno, le dice al presidente López:

“¡ Desenvaine el machete, general”.

Es cuando están entrando en acción, organizaciones ligadas al clero como la Unión Nacional Estudiantil (UNE), contraparte de la Federación de Estudiantes, refugio e instrumento de lucha de la izquierda. La UNE, de gran fuerza y con prestigio colectivo, es liderizada por el estudiante de leyes Rafael Caldera, y será el germen del Partido Socialcristiano Copei. López Contreras, quien funda como apoyo el movimiento bolivariano (las Sociedades Bolivariana), está representando el orden solicitado en emergencia por la extrema derecha militar y civil que se resiste a dar paso a esos nuevos criterios respecto a la libertad y afanosamente trabaja para volver a la presidencia. Tiene muchas posibilidades de lograrlo. Desde la Independencia la única fuerza organizada es la corriente derechista. Con sus diferentes fases, explica la presencia del civilizado Gral. Carlos Soublette como en contraparte el éxito de los dos Monagas y de chafarotes que brotan de las alcantarillas.

Ahora la colectividad, debido a ese forcejeo a que la someten, luce como adquiriendo voz propia. Está buscando caminos. El PDV y AD, reunidos en la paradójica emulsión de aceite y vinagre que son gobierno y oposición, concertan aupar a ese candidato de unidad, Escalante, quien gracias a la referida especial situación personal viene vacunado contra sospechas de izquierdizante. Rómulo Betancourt y Raúl Leoni viajan a Estados Unidos para buscarlo y conversarlo.

Aún no se ha establecido el voto universal. El presidente, conforme al sistema constitucional, es elegido por los congresantes y sobre ellos López conserva excesivo peso. Betancourt, pragmático siempre, ha dicho, al tener cerca unas elecciones para representantes, que a ese Congreso de López, todavía el mismo que dejó al morir el general Gómez, hay que ir de cualquier modo,

“aunque con un pañuelo en la nariz”.

Al ser lanzada la candidatura de López, *El Nacional*, que apenas tiene un año y meses de fundado, luce con los guantes puestos en el boxeo político y así su director Antonio Arraiz publica en esos días una mancheta editorial que no admite dudas:

“Lo que menos agrada de la candidatura del General López Contreras no es solamente es el candidato que sino los candidatos que lo candidatean.

Pero del zorro el pelo, podría decir la oposición en frase conformista. Es una situación de hecho, traída por encrucijadas históricas y aleatorias. En ese mismo orden al Partido Comunista, y esto debido al referido pacto ruso soviético, lo han sacado de la cueva y lo han puesto a caminar bajo la luz. Es legalizado mediante una brecha que el régimen le abre en la Constitución Nacional. Sus integrantes pueden votar y ser elegidos. Los han bañado en el Jordán. Betancourt, e igual su compañero Leoni, estuvieron en el grupo que López expulsó hacia México, el 37, es decir hace siete años apenas, bajo la acusación de ser *“perturbadores comunistas.”* Vueltas da la vida. Tal se ve, y será debido a la Guerra Fría que libran los dos grandes imperios, el comunismo está presente en olor, sabor y color. Con el tiempo, y por las mismas razones políticamente interesadamente discriminatorias, a los acción democratistas la derecha va llamándolos

“adecos”, es decir una simbiosis de adeístas y de comunistas. Una sola cuenta. No todos han aceptado esa forma tan aligerada de ser mencionados. En una ocasión se realiza en la Sociedad de Ciencias Naturales un evento en torno a la conservación de los recursos naturales renovables, y no sé por cuál motivo le pregunto al doctor Enrique Tejera París: “¿Usted es adeco?”, y él, estirándose un tanto, me replica: “No: jadeísta!” Y, a lo cierto, así este denominativo suena con autenticidad. Tampoco los comunistas veían con agrado ir en esa coyunda.

Coloquemos aquí, pues ello nos dará más luz en cuanto al farragoso ámbito en el cual se va a insertar Ramón J. Velásquez, que la noche del 17 de octubre del 45, digamos pocas horas antes del famoso 18 que le trae al presidente Medina el vacío de poder que lo desploma, el fogoso Rómulo Betancourt pronuncia en el Nuevo Circo un reticente discurso, embuchado del cual se deduce que aceptar a Escalante como candidato ha sido un “pase agachao”. Dice, como quien se cura en salud:

Analizando los candidatos viables, la Dirección del Partido considera que el que ofrecía un mínimum de garantías era el Dr. Diógenes Escalante. Voy a precisar las razones por las cuales lo hicimos, insistiendo en la explicación tan clara de nuestro Presidente Rómulo Gallegos. Su alejamiento del país en cargos diplomáticos lo mantenía desvinculado de la zarabanda de desaciertos y de peculado que caracterizan al actual Gobierno de nuestro país; la circunstancia de ser Embajador en Washington, que es una especie de superministerio le permitía conocer los problemas económicos fundamentales de Venezuela, que desembocan todos en la Casa Blanca. Su ausencia del país lo mantenía alejado de los altos camarillescos del pedevismo y su propia personalidad permitía que en torno a él se realizara una agrupación de fuerzas políticas y económicas desvinculadas del absorbente oficialismo...⁴

Viendo estos rodeos, ante la pregunta que pretende aclarar si hubo o no un pacto de cualquier tipo entre el gobierno de Medina y Rómulo Betancourt, habría que formularse otras dos interrogantes: una, ¿de cuál

4. LUIS CORDERO VELÁSQUEZ. *Betancourt y la conjura militar del 45*. Lumevec. Caracas. 1978. p.267.

otro modo se podría llamar, partiendo de que en esos momentos Escalante es el principal embajador de Medina, calificado por el mismo Betancourt en su discurso del 17 como un “superministro” del régimen?; y , otra: ¿de no ser así hubiese caminado ese cándido proceso unitario, mediando todas esas reticencias emitidas por el máximo dirigente de A.D, que representa la oposición abierta, de calle, y el régimen?. Demuestra, por contrario senso, lo fuerte que es la candidatura bajo techo del general López y la debilidad en que frente a ella se encuentran las fuerzas electoras de Medina y Betancourt. Atrás, agazapados y mohosos, están los viejos militares, en tanto, por su lado, los nuevos con uniforme nuevo pero con las viejas botas de la rancia formación militarista, pretoriana, que traen de escuelas castrenses como la de Chorrillos, en Perú, donde han ido a realizar cursos de especialización. Pronto mostrarán este tipo de sable, apenas diferenciado del machete utilizado por los viejos caudillos. El poeta don Guillermo Valencia, en acertada frase sociológica, dijo alguna vez que

“la espada es un instrumento de cirugía política.”

Con su propia lupa llega el diario El Nacional

Se comprueba en las hemerotecas que *El Nacional* , recién nacido, capta la situación de modo diferente a los tradicionales órganos de prensa. *La Religión*, de hecho ve con cautela todas esas modernizaciones de emergencia, en tanto *El Universal*, prestigioso diario, tampoco se desborda. Mantiene la moderada posición de quien observa desde la ventana. Y no así *La Esfera*, que no cree, como diría en tertulias su director Ramón David León, quien de cuando en cuando soltaba frases del criollismo conceptual, “en pajaritas preñadas”, y concluiría en publicar una cadena de artículos documentados bajo una de esas preguntas que al mismo tiempo son afirmación acusatoria:

¿Hay o no hay comunistas en Venezuela?

Se asoma el destino. Enferma Escalante y debido a ello queda inhabilitado. Van abriéndose otras compuertas y aparecen como candidatos genuinos Rómulo Gallegos, por AD, y por el oficialismo el ex Secretario de la Presidencia y Ministro de Agricultura doctor Angel

Biaggini, figura no cuadrada del todo en la circunstancia, pues, como a Tarre Murzi le diría el propio Gral. Medina, y así éste, Tarre, me lo transmitió:

-No es viable. Conforme a las circunstancias, sólo tengo la posibilidad de presentar un candidato que sea militar... y andino.

En cuanto a estas dos exigencias, hay opiniones diferentes las cuales hacen pensar que pudo haber sido una excusa del Presidente para evadir proposiciones aceleradas, como la de impulsar la candidatura de Rafael Vegas, miembro de la generación estudiantil del año 28, que gran fuerza viene arrastrando en los contingentes jóvenes del medinismo, grupo distinguido como “el ala luminosa del PDV”, cuyo líder es Alirio Ugarte Pelayo:

Media el temor de que continúe la izquierdización del régimen, presionado hacia la derecha por los determinantes cambios en el orbe a que obliga la Guerra Fría, no obstante que Vegas está firme. No permitirá que lo empujen hacia ningún lado. No es hombre de morisquetas. Es comprobable la fidelidad a sus compromisos. Pero en el caso está presente la predominancia de la política internacional, entonces tan estrechante. Tan aleatoria. En parte favorece a Biaggini quien, entre sus antecedentes, trae haber presidido la Asamblea Legislativa del Estado Táchira en tiempos de Juan Vicente Gómez, pues, conforme a las circunstancias, resulta por un lado un aval que descarta un izquierdismo al que se le mira con temor acentuado a tiempo de nivelarlo, pensando en su aceptación en determinados sectores de la derecha, con el proyecto del general Eleazar López Contreras, quien ha sido el más importante ministro de Juan Vicente Gómez.

Es peso y contrapeso. Ese derechismo evocado tiene apoyo en los ámbitos decisivos de la economía y de esa fuerza gravitacional, nada desdeñable, que es Estados Unidos, nación que no ha salido de la “guerra caliente” y ya está dejando entrever la tampoco suave “guerra fría”. La política de Washington reza: “nada con el izquierdismo”. Biaggini, con todos esos pro y contra, entraría con un halo de figura no óptima sino tolerada, cuando además, de su puño y letra, la prensa publica un texto suyo fotocopiado en el que la palabra entusiasmo viene con “c”. Tiempo

adelante, se supo de fuente firme que el error ocurrió cuando retocaron el manuscrito de manera deficiente antes de pasarlo al fotograbado.

Teniendo al férreo Gral. López Contreras en la puerta, no era para los camaradas cuestión de andarse con chistes. Este tipo de error ortográfico, y esto creo habérselo escuchado decir a nuestro director Ramón J. Velásquez, en modo alguno podía ser de Biaggini, universitario y bien conocido como hombre de letras. De cualquier manera, con tantos factores en contra, se queda en candidato. En torno al asunto corren muchos chistes. En el *Morrocoy Azul* donde, por ser tiempos de venenosas cordialidades humorísticas, aparece publicado este diálogo de alguien con el acción democratista doctor Luis Beltrán Prieto Figueroa, personaje a quien los medinistas jugaban a colocarlo, de manera socarrona, como un ignorante:

*-¿Cómo te parece, Luis Beltrán, esa falla de quien nada menos aspira ser presidente de la República?" Prieto habría respondido: -
"Verdad que sí. ¿Al escribir entusiasmo qué le costaba colocarle la correspondiente "h"?"*

Con un garrote le dan a Medina y con ese mismo le darán a Gallegos

El militarismo, dueño y señor del poder desde el cacique Guaicaipuro, con pase a los conquistadores españoles y a los generales de la Independencia y éstos a los de la Federación, no se resigna a perderlo. En ese ámbito de fragoroso ambiente político surge por algún lado la figura de Velásquez, cercano siempre a las vibraciones del acontecer nacional. Ve caer a Medina por golpe militar y civil, el 45, y a los acción democratistas ascender al poder, del mismo modo que a éstos los verá salir por golpe de los mismos personajes militares que le han dado a Medina con una tranca y esa tranca la han dejado en reserva tras de la puerta para darle oportunamente a los acción democratistas con ella.

Deformación del digno institucionalismo militar que es resguardo de la institución republicana, el miliarismo ha sido una lacra disfrazada dentro de la vida pública, y, es histórico, siempre tiene su propio proyecto. Los hermanos José Tadeo y José Gregorio Monagas, generales ambos, fueron militaristas pero no lo sería el general Carlos Soublette, quien sí demostró estar unido a la humanística concepción republicana del siglo.

Igual, en cierto modo, José Antonio Páez, el cual, con su prestigio de caudillo auténtico, y no jefe de mogote, sale al rescate del presidente Vargas y lo reinstala en la silla presidencial. En los Monagas van combinados los dos ases del ruinoso satrapismo gubernativo: militarismo y populismo. La República se refugia de modo espiritual, romántico, en los Fermín Toro, en los José Vargas, como lo hará el cristiano en su Dios al ser acosado por un infortunio sin solución. Ellos y unos tantos más varones civilizados carecieron de ese necesario don para el mando que es manejar el sable oportunamente. Ni antes ni después.

A la verdad, cierto es que entre acción democratistas y militares lo que hubo fue, según expresión de un amigo, “un pacto pegado con saliva.” Los militares del 45, al derrocar a Medina colocan adelante a Gallegos y, encabezados por su propio Ministro de la Defensa el comandante Carlos Delgado Chalbaud, le arrebatan la presidencia para también sacudírselo de una manera que a éste le resultaría trágica. Es, en el fondo, una de las peripecias en cierto modo habituales de cuando deja de funcionar al sistema republicano. Al desaparecer ese equilibrio normal que es el establecido por las propias e ineludibles leyes de la naturaleza en el campo humano, aparece, conforme al clásico pensamiento antiguo, un autócrata que se mete los tres poderes en el bolsillo. Todo entonces puede ocurrir en ese oscuro, sórdido, ámbito.

Al darle un vistazo a tales acontecimientos y a otros de relieve histórico, es observable que en el ejército son propiamente los comandantes quienes muestran mayor afición a los madrugonazos. Constituída la República de los Libertadores, asciende al poder don Pedro Gual, recta persona, hermano del inolado prócer don Manuel Gual. Un día preestablecido desde Valencia por el general Páez, que en ese momento encabeza la avanzada, el comandante Echezuría, jefe de las fuerzas militares del Centro, en Caracas, cuya función es precisamente resguardar al presidente como autoridad y como persona, con el mayor descaro, igual si se hubiese colocado una máscara de madera, le exige al presidente Gual que renuncie, virtual asalto que equivale a ponerlo, como en el cine, manos arriba. De allí el asombro que a Gual apenas le deja aliento para exclamar:

¿Tan joven y ya traidor!?

Pues al ser interrumpido ese experimento republicano por el cuartelazo dado al presidente Medina, y corriendo la misma suerte el reiniciado por su otro representante Rómulo Gallegos, viene la autocracia militarista presidida por el comandante Carlos Delgado Chalbaud, quien, al ser asesinado en medio de una peripecia jamás aclarada de modo suficientemente, lo sustituye el comandante Marcos Pérez Jiménez. Y ya, en oposición suya veremos actuar a otros tantos militares, de los cuales uno de los más destacados será el comandante Hugo Trejo. Estos comandantes pintones, pues no son ni verdes tenientes ni maduros generales, todos, al dejarse llevar por torvos asesores, han desbarrancado.

Es de suponer, conforme a nuestra historia, y ocurrirá entonces cuando los ascensos eran tan dilatados y llegaban por vía política, que en la estructura militar las figuras de los comandantes resultan intermedias entre los que vienen empujando desde abajo y el enorme peso que para ellos representan los generales que todavía no se resignan a irse a su casa y ponerse las pantuflas. Un síndrome dentro de la carrera. Es notorio que esos comandantes de aquel tiempo, al acercárseles esa especie de atardecer, aparecen con una carga de nervios que no en pocas ocasiones los desquicia. Y en esos tiempos anteriores al 45 muchos generales y coroneles eran bichosaurios atravesados que venían, algunos, iniciando carrera desde tiempos de Cipriano Castro y su compadre Juan Vicente Gómez.

De modo que por tan diversas razones enraizadas en los orígenes del poder, este candidato Biaggini, como había ocurrido por otras razones con el candidato Escalante, tampoco irá para el baile. La preelección de presidentes, al menos en nuestro medio, no se hizo conforme a los cánones concebidos dentro de los diferentes sistemas por los teóricos Montesquieu y Locke, y los realizadores Lincoln o Jefferson, sino en la parranda palaciega, entre valeses, amigotes y echándole mano rápida a mujeres alegres. Así que eso de los méritos por estudio y el sudor personal de los aspirantes podría ser, en ocasiones, puro cuento. Se movían, sólidas o no, muchas consejas como la referida por Tarre Murzi en cuanto a los puntos que debían calzar.

Rafael Vegas es uno de los fundadores del trascendente Consejo Venezolano del Niño. Entre mis primeros balbuceos como periodista me correspondió escribir un pequeño reportaje en torno a la obra de Vegas

en el campo de esa infancia desamparada de Caracas. Allí supe que él se internaba en los túneles de las quebradas donde se refugiaban las organizaciones delictivas infantiles, una de ellas la famosa pandilla de “Mamá Catalina” que habitaba en las márgenes del Anauco y el Catuche. Se acercó a esos grupos desamparados. Les dio la mano y muchos de esos niños fueron rescatados por ese naciente Consejo del Niño. Alguien escribirá esa historia donde figura de igual modo el doctor Espíritu Santos Mendoza, primer presidente de dicha institución, junto con otros ciudadanos ejemplares.

Centrándonos en el tema, es de observar que los golpes militares contra Medina, andino, y Gallegos, los dan los oficiales encabezados por el comandante Delgado Chalbaud, hijo del Gral. Román Delgado Chalbaud, andino, y de los hermanos Mario y Julio César Vargas, andinos. En el reverso veamos que los mártires esenciales contra la autocracia serán los andinos Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Pinto Salinas, idos al sacrificio en ese proceso de combate frontal.

A paso de león el clero mantiene su ruta

A Velásquez le esperan otros acontecimientos más crudos. Los acción democratistas muestran que están derrotados pero no vencidos y él, unido a ellos por el liderazgo de su viejo amigo y compañero Ruiz Pineda, está compenetrado con esa causa. Se debe a José Martí la expresión según la cual perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra. Conspiran. Y lo harán solos. La oposición luce anarquizada, toda vez que los comunistas y los nuevos partidos Copey, URD, trotan por propios caminos. Al lado de Copey está el clero, reserva de conciencia y factor de equilibrio que va caminando siempre, sin atropellarse, a paso de león. A los acción democratistas, dicen sus adversarios y algunos de ellos mismos lo aceptan, en mucho los aísla el sectarismo. Al fin de cuentas eses tipo de intransigencias es indispensable para quien ofrece traer algo nuevo. El propio don Rómulo Gallegos, en no lejana ocasión, suelta en actos públicos una frase que, conforme a la interpretación que se le da, pudo haber sido una valla excluyente:

¡Ahora viene el total nosotros!

Tras de esas palabras sus adversarios no perciben lo metafórico del literato que habla por boca del civilizado Santos Luzardo sino por la boca de su Doña Bárbara, y toman el contenido al pie de la cruda letra, cuyo significado traducen: *Para los otros... ¡nada!*

Al quedar constituido el régimen militar, algunos dirigentes de AD partidarios de la insurrección civil colocan como embanderados a Ruiz Pineda y a Carnevali, pero la desesperación y el acoso del nuevo gobierno les impide esperar a que cuaje tal proceso sociológico. A los plátanos se les madura con carburo; pero igual resultado no se logra con una sociedad. AD ve que la ruta conspirativa se le hace día por día más estrecha. No puede contar con suficientes jefes militares de prestigio. Esa nata se ha desplazado hacia el régimen autocrático y, en cuestión de conspiraciones, donde no hay militar con prestigio no hay jefe. Me decía un veterano de la vida, quien había estado preso al quedar enredado en una conspiración contra el Gral. Gómez:

-Con pendejos no se va ni a misa porque entran saludando, si es que antes no se quedan arrodillados fuera del templo, en el altísimo, al confundirlo con el altar mayor.

Por otro de los particulares aspectos, el militar, aunque tenga ideales, no tiene partido político; hace carrera por sí mismo. Los regímenes personalistas los meten por veredas estrechas. Carriles. Y en ese trance, debido a motivos obvios, no será su voluntad la dominante. De modo que si los acción democratistas, perseguidos y acosados como están, carecen de alguna cohesión entre sí, les resulta menos posible cohesionarse con militares, aun con aquellos que les manifiestan la voluntad de marchar juntos. Esto, aparte de la actividad devastadora que les producen los espías directos y los llamados “cuerdas floja”, tablas falsas que el régimen les va colocando en el camino.

Entrarle directamente a la candela

Para poner en marcha sus planes liberadores el grupo de los acción democratistas más decididos, de los que le entran frontalmente a la candela, crean una organización clandestina, centrada en Caracas y ramificada en el país, bajo la dirección de Leonardo Ruiz Pineda. En esos momentos

que exigen jugársela, es cuando Velásquez muestra una decisión: correr la misma suerte de sus viejos amigos y lo hará en esa la parte más peligrosa, que es el círculo cercano a Ruiz Pineda:

Leonardo -dice-Regina Gómez Peñalver, bajo estado de hipnosis, al Dr. Humberto Blanco- le tenía un afecto especial a Ramón Velásquez y entonces su colaboración era más como para penetrar el ámbito intelectual. Entonces a través de Ramón Velásquez, Leonardo tenía contacto con un grupo de intelectuales que colaboraban con él en ... (sic) como permitiéndoles el acceso a los periódicos y hasta muchas veces a las estaciones de radio.⁵

Tiempo adelante Velásquez, jamás repuesto por la pérdida de ese compañero, escribe una límpida página de sonido épico que recuerda en mucho a las evocaciones grecolatinas:

En esos días había caído acribillado a balazos, en una calle de Caracas, un amigo de mi infancia, mi compañero de liceo y de universidad, un hombre de mi generación, de mi tierra y de mi afecto. Para que su vida fuera un símbolo, el destino lo consumió en la hoguera.⁶

En horas muy tempranas del 9 de agosto del 55 Pedro Estrada, jefe policial del régimen, está convocando a una rueda de prensa para decirle a la nación que

se ha descubierto un complot para asesinar al presidente Pérez Jiménez”, preparado desde el exterior por Rómulo Betancourt: las armas y los explosivos vendrían de Costa Rica a través de Colombia (...) “Carlos Andrés Pérez era el encargado de coordinar los elementos necesarios y de venir a Venezuela para dirigir la operación.” (...) Contarían con el terrorista español Manuel Jiménez Castro, a quien consideran especialista en la fabricación de bombas “Molotov”. Una

5. GUIDO ACUÑA. Op.cit.p.556

6. RAMÓN. J. VELÁSQUEZ. “La Caída del Liberalismo Amarillo”. Tiempo de Antonio Paredes. Caracas. Edic. Roraima. 1977. p.11 .

*comisión integrada por Manuel Vicente Magallanes, doctor Ramón J. Velásquez, José Gerbasi, Guillermo Muñoz y Jesús Alberto Rey, debía crear un ambiente de opinión favorable al atentado, mediante la propagación de falsos rumores*⁷

El Nacional recoge la palabra marañosa de Estrada, conforme a la cual una emisora de tanto poder que su planta no ha sido posible removerla de inmediato, transmitiría desde la parroquia San José informaciones suministradas por Velásquez y Manuel Vicente Magallanes; que a Chacín Ducharne, quien ha sido el comisionado para el movimiento en Caracas, se unen los partidarios Juan Páez Avila y otros cuyo contacto está a cargo de Pedro Felipe Ledezma.

El asunto es grueso. Agrega Estrada que les han sido decomisadas dos pistolas tipo sub ametralladora, una ametralladora Madsen, una sub ametralladora, cartuchos, bombas Molotov. Digamos que utilizando la vieja peripecia policial propia de este tipo de gobiernos llamada “la siembra”, que consiste en enviar previamente esbirros con una cuantas armas que meterán en la casa del adversario a quien con esos alijos le fabricarán un expediente para dejar constancia de que tiene un plan terrorista contra el régimen y así justificar su detención y, de ser necesario, hasta combinarlo con su enjuiciamiento igualmente amañado. Llevarán fotografías para documentar la farsa y darle visos de credibilidad. El cinismo tiene sus pérfidas maromas. De ese modo los periodistas quedan de hecho colocados en una clara órbita terrorista y, en esa dimensión, incriminados de modo strafalario. En una nota burlesca del correo clandestino del régimen se dice que los ahora periodistas presos

“han puesto de lado sus embusteras máquinas de escribir para entrarle de frente al régimen con un arsenal de guerra.”

A Velásquez, por estar comprendido en el núcleo principal de los acusados, lo envían a la Cárcel de Ciudad Bolívar, entre otros, con los mencionados Gerbasi, Catalá, Páez Avila, Magallanes. Saldrá cuando los militares, a partir del 1° de enero del 58, bajo la presión del pueblo glo-

7. “*El Nacional*”. Caracas. 10 agosto 1956.

bal, digamos la de todos los estratos de la colectividad, se declaren en insurgencia contra el gobierno hasta echarlo de Miraflores antes de que canten los gallos en la madrugada del jubiloso día “23 de Enero”.

Ningún gobernante cae: lo derrumba el vacío de poder

Atribuir tal derrumbe sólo a los militares , y valga la derivación para situar mejor el centro de nuestro relato, es cuando menos exagerado, como tampoco sería un acierto pensar que sin ellos hubiese sido posible la caída de la dictadura. Es innegable, por lo demás, el olfato que tienen para percibir cuándo es oportuno darle el palo a la lámpara y acabar con el joropo. Con ese baile. Y organizar otro para entrarle a la música con el propio ritmo.

Ahora bien, si con gritos y piedras no se ganan guerras, tampoco se derrocan gobiernos, porque entonces habría fábricas de piedras y no de fusiles y ametralladoras, pero igual sin ese sustrato civil que rodea como un aura rocosa todo el proceso, el régimen se habría sostenido. El vacío de poder lo determina, de modo misterioso, la invisible pero taladrante conciencia civil, fuerza mayor debido a su autenticidad, normalmente menospreciada por los autócratas, confiados en la oxidada norma: “Dónde se aclara el pecho un fusil no hay tigue con reumatismo”. El pueblo global, aunque sus acciones no estén a la vista, delega en alguien el poder, pero siempre se reserva el derecho de rescatarlo cuando ese alguien olvida que no es el propietario legítimo y lo utiliza de modo abusivo. Lo retomará por cualquier vía. Tan simple como eso. Se lo quitó al Rey, se lo dio y quitó a los mantuanos de 1811 que lo habían puesto en manos de Francisco de Miranda; se lo quitó a Bolívar y por distintas vías a Páez, a los Monagas. Y paremos de contar. Es fácil verlo, a través de ese vidrio, a veces opaco pero siempre traslúcido, que es la Historia. Con todo lo que se diga, y la peripecia que lo rodeare, a ningún gobernante autoritario lo derrocan; se cae de sus propios pies. O, precisando para el caso el término, de sus propias patas. Vacío de poder.

El primero en la frente para librarlo de malos pensamientos.

Valga tener presente que tal éxito será debido al oportuno campanazo principista dado por la Iglesia mediante la valiente pastoral, que fue el primero en la frente para librar al régimen de malos pensamientos, dado por ese magnífico ciudadano que fue el Arzobispo Arias Blanco, el 29 de abril, y leída en todos los templos el 1° de Mayo; a la movilización, digo, de estudiantes y profesores de la Universidad Central, meses después, y a las consiguientes proyecciones en otras universidades y planteles educativos, en lo cual está presente la ilación unitaria de la Junta Patriótica integrada por acción democratistas, urredistas, copeyanos, comunistas; igual debido a la función cohesionadora del gremio de periodistas dirigido por la Asociación Venezolana de Periodistas (AVP) y el Sindicato de Trabajadores de la Prensa, que sirven de nervio ilativo con el paro nacional de prensa que rubrica esa desobediencia civil que al régimen le creará el vacío existencial acertadamente llamado “vacío de poder”, y así, debido a la tan oportuna actuación de las Fuerzas Armadas en bloque unitario, cansadas de que se les tenga como adscritas al servicio personal del Gral. Pérez Jiménez. Recobran su dignidad.

En el caso las Fuerzas Armadas actúan en su condición de formar parte del pueblo global. Todo eso lo ha venido estimulando de modo involuntario, con su desafortunada conducta, el propio autócrata.

Al comprobar el Gral. Pérez Jiménez que los cuarteles no le responden y que hasta sus militares de bolsillo, al sentir el llamado esencial del institucionalismo que los arrastra, lo dejan solo, aislado de modo que la fuerza de sus fusiles queda de hecho copada por la imbatible fuerza de la inercia, se comunica con el Estado Mayor y se entrega como un pajarito. Esos mismos militares lo conducen bajo custodia desde Miraflores a su avión “La Vaca Sagrada”, estacionado y con los motores alerta, en el aeropuerto La Carlota. Ya él no está en situación darles órdenes.

Punto de importancia, dentro de esa atmósfera global que casi de inmediato traerá el derrumbe del régimen dictatorial, será el singular abrazo en Nueva York, difundido en fotografía por la prensa mundial, de los exiliados Betancourt, Caldera, Villalba, con lo cual llegará la idea de que se ha logrado una concentración unitaria de la fuerza civil. Ellos han polarizado la voluntad política de entonces. Ante esa decisión de la

ciudadanía global, a los militares no les queda otro camino que sumarse a ella, pues, a ella pertenecen, y es ella la que, aunque no lo tengan a la vista, se las ha entregado en depósito ese poder. Es la energía de la cual disponen aunque por jugarretas de la psiquis piensan que ésta le viene de los tanques, lo aviones, los cañones. Visto con claridad a través de los lentes de la más elemental sociología, en tal trance los militares no deciden. Sólo se suman, arrastrados por ese huracán implosivo que es la conciencia global.

Sonoro es el silencio del preso político

Uno de los factores espirituales más destacables en esta guerra caliente y fría contra la cerrada autocracia militarista, esta vez parapetada tras el cuento del “Nuevo Ideal Nacional”, pues los caudillos milito-populistas tienen siempre una canción, viene a ser lo que podríamos llamar el silencio sonoro de los presos políticos, civiles y militares, máximo signo del sacrificio ciudadano, cuyo escenario es una lámpara encendida, día y noche, dentro de la conciencia pública. Cualquier gobierno, con un solo preso político que tuviere, queda convertido en satrapía. En las cárceles como en los recintos policiales hay presos políticos, de los cuales hemos específicamente señalado a los remitidos a Ciudad Bolívar, distante a diez o doce horas en automóvil desde Caracas, modo de mantenerlos desconectados del gran núcleo vital del país y así el castigo, con la separación de ese mundo presente que incluye al calor de la familia y los amigos, resulte mayor. Mientras, en los sótanos del palacio de Miraflores están los presos militares que han insurgido el 1º de enero de ese año, arrastrados por el torrente de la fuerza colectiva de la rebelión que ha comenzado con los estudiantes universitarios de la UCV y el clero con la frontal acción del Arzobispo Arias Blanco y, entre otros, de los sacerdotes Sarratud y Carrillo, párrocos de Catedral y Santa Teresa, respectivamente, haciendo éstos causa con el alzamiento de la aviación, en Maracay, en el cual se destaca el capitán Wilfrido Omaña y este otro, del Batallón Motoblindado que jefatura el tomandante Hugo Trejo. El general Pérez Jiménez los tiene a pocos metros debajo de sus botas y sobre ellos, en ese mismo piso que les sirve de techo, puede caminar, al gusto, de día o de noche. Privilegio satrápico.

Conviene, para el registro histórico, mantener presente que el régimen cae al no resistir la presión de la voluntad republicana, esa atmósfera que no se ve pero que lentamente lo va envolviendo y estrangulando mediante su imbatible poderío. Es la boa silenciosa. Que estrangula. Tal ocurrió cuando la Independencia, momentos en los cuales actuaba no la voluntad política sino la conciencia colectiva. El imperio español tenía cumplido el ciclo. Ley social. Ni los mismos patriotas hubiesen podido detener ese movimiento propio que ya iba disparado. No es posible detener un río crecido. Vuelve a su cauce cuando lo disponga la energía del caudal que lo arrastra. Vive en la luna quien crea que a esas grandes convulsiones trascendentes las mueven los partidos o los hombres armados. En un momento dado la política se queda en la orilla del camino, apartada por la fuerza huracanada del pueblo global, ricos y pobres unidos por el mismo espíritu del “abajo cadenas gritaba el señor y el pobre en su choza libertad pidió”, fuerza (y pensemos en el río crecido) que la detendrá su propia inercia. Tan sencillo como eso.

Muerto parado es cualquier gobierno sin sostén civil

Sin toda esa demostrada voluntad republicana, la autocracia se habría sostenido. Al meterse todos los poderes en el bolsillo, el régimen ha caído en su propia trampa, toda vez que de ese modo a sus adversarios les entrega la más eficiente pólvora para que más temprano que tarde lo derriben. Y sus propios amigos lo dejarán caer. La conciencia del ciudadano común está formada con ajuste al republicanismo. Ley de la naturaleza. La resistencia pasiva se irá convirtiendo en activa. Es axiomática ley social. A esos regímenes que de tal modo contrarían el mecanismo similar al que rige las inexorables leyes del ritmo cósmico, nadie los derriba; se desploman. Están hecho con madera y los desmorona el comején. Perdida el aura civil, energía invisible, cualquier gobierno, por muy fuerte que parezca, es un muerto parado.

De ese modo al autócrata Pérez Jiménez, con estos últimos toques dados por la conciencia colectiva, le llega el desplome.

A cada época un alma propia

Ramón J. Velásquez, de la generación del año 36, una de las más fogueadas de nuestra contemporánea historia republicana, de la cual

surgen Carnevali, Leonardo Ruiz Pineda, Rafael Caldera, ha dado su contribución a ese intuitivo y especialmente solidario movimiento unitario de resistencia, el cual, se perciba o no, porque es un aura, en él va para el régimen el veneno mortal. Nada contribuye con mayor eficacia contra una dictadura que la unificación solidaria que ella misma, con sus crecientes desmanes, crea y fortifica entre sus adversarios. La autocracia, por ser un tumor dentro del sistema, incuba su propia destrucción.

Velásquez arriesga todo, lo cual incluye no sólo ese sacralizado bien que es la libertad personal sino así mismo la seguridad de su propia familia, y eso no es cosa menuda. El historiador y periodista Manuel Caballero comenta que

*pagaba así, junto con José Agustín Catalá y Simón Alberto Consalvi, la autoría intelectual y material de Venezuela bajo el Signo del Terror, famoso Libro Negro, publicación ilegal impresa legalmente en las mismas narices de la policía política.*⁸

Es liberado, junto con el país, aunque no sale de la cárcel el propio "23 de Enero" debido a que no se han cubierto algunos detalles administrativos. De allí, cumpliendo el sino de su estrella, pues a los ocho años de edad ya colabora en la corrección de pruebas en una imprenta de San Cristóbal, sale a fundar el diario *El Mundo*.

Pero de nuevo aparece la tentación de la política y, a poco Rómulo Betancourt, al ser electo en votaciones universales, lo llama para designarlo Secretario General de la Presidencia. De tan alta posición, hemos referido, hubo de salir acosado por intrigas palaciegas. A los responsables de tales felonías como igual a sus carceleros en la dictadura, parece haberlos borrado de su memoria. En un libro publicado durante tal gestión en Miraflores (por donde él va pasando van apareciendo publicaciones) la periodista Ana Mercedes Pérez recoge que la figura más admirada por Ramón J. Velásquez viene a ser Abraham Lincoln. Alguna influencia de él habrá recibido si lo tiene por paradigma. Nunca, en relación a ese paso por la cárcel de Ciudad Bolívar, le escuchamos algún reproche

8. MANUEL CABALLERO. "Catálogo Homenaje de la Biblioteca Nacional al eminente historiador venezolano Ramón J. Velásquez en su setenta." Caracas. Edit. Centauro 87.

hacia alguien. En la bella oración pronunciada en el cementerio de Gettysbourg, en honor a los caídos en la Guerra Civil, Abraham Lincoln recomienda a sus conciudadanos continuar adelante

sin rencor para nadie, con amor para todos.

Potro bravo la dirección de El Nacional

Con ese bagaje templado en la fragua, y entrando ahora en actividades más reposadas, académicas, funda Velásquez el Instituto de Investigaciones de Prensa de la Escuela de Periodismo UCV, institución en la cual ejerce el profesorado; posteriormente será director de *El Nacional*, otro bravo que siempre requiere un diestro buen jinete. Influirá en la flexibilidad del diario, endurecida respecto a los izquierdistas debido al boicot traído por la ventolina de la insurgencia castrista, y con ello abre otra vez puertas al oxígeno liberal. Desarrolla una idea extraordinaria, en la cual, tengo entendido, va la aceptación entusiasta de Miguel Otero Silva, histórica para el diario: la creación de la Página C-1 que le aumentó el número de lectores sometidos antes al estrecho campo de la información y las opiniones de política. Esta se inicia bajo la coordinación de Omar Pérez quien, poseedor del nada corriente criterio selectivo, interpreta lo que se busca con ello y así, palabras más, palabras menos, me dice al pasar a mis manos dicha sección:

“no es repetir la página llamada editorial, A-4-, sino de mantener un espacio amable dentro del periodismo venezolano, con la participación del ingenio y el humor de nuestros escritores.”

Por su parte Velásquez explicaría de modo más amplio el entorno de la idea:

En esos años creamos la página de crónicas políticas que hoy ocupa la A-6, para resucitar una forma de escribir que en Venezuela se estaba olvidando para caer en largas y en ocasiones monótonos ensayos políticos y literarios.⁹

9. Velásquez. Entrevista (cit.) Marlene Risk.

Agrego por mi lado que se rigió por el sabio precepto, concebido por Gracián, y de allí su éxito: “lo bueno, si breve, dos veces bueno”, sentencia por lo general echada en saco roto. Y eso, en periodismo, es fatal.

Dentro de esa sonrisa, en ocasiones agridulce para otros que es la Pág. C-1, diariamente va en el centro arriba la “Viñeta”, cuyo destino es echar al aire esa gracia que logran los foto reporteros, gremio del cual normalmente lo conocido viene a ser el suceso macabro, los rostros de los políticos, los jugadores de beisbol, y tantos otros famosos pero no el ingenio que captan y se va en el sumidero de los acontecimientos. El reportero gráfico hace un trabajo cuya calidad periodística pasa inadvertida. No es apretar el disparador de la cámara sino saber cuándo y en cuál ángulo hacerlo. En ocasiones la fotografía es indispensable, tal en el caso del reportaje, porque le añade testimonio. A la palabra se la lleva el viento. De lo publicado el aplauso lo reciben los textos del redactor. En la ópera los aplausos se los llevan el tenor y la soprano. A la exitosa “viñeta” me correspondió, como antes a Omar Pérez, hacerle la selección y colocarle el anclaje que conduce a la intención del contenido. Esta expresión, como todas las del periodismo debe ser, y ello es condición esencial, oportuna. Traigamos un ejemplo: tenía yo una foto para colocarle el anclaje. La escena consistía en que unas margariteñas bien tipificadas con el pañolón en la cabeza estaban haciendo arepas de budare y el detalle se significaba en el característico movimiento de manos. Al ver la fotografía tan característicamente folklórica, Joaquín González Eiris (Quinito), allí presente, dijo: “*Manos que aplauden.*” Y así salió publicada. Lamento no recordar al autor. Vaya su mérito. Ese olvido mío, aun siendo involuntario, confirma la ingratitud para con los foto-reporteros.

(II)

Con lupa mayor veamos la trascendencia del seudónimo.

Insertemos aquí, con permiso de los lectores y del director Velásquez, eje de esta semblanza, y en beneficio de la claridad, un capítulo, el II, que en repaso nos permite meditar más en cuanto a lo que el seudónimo, “segundo yo” de infinitos meandros, -y bordeando el mismo tema de los pasos anónimos en el periodismo-, significa y ha significado como hecho de real influencia en la psicología colectiva, y lo cual, por no ser un

capricho pasajero, tuvo rango en el diario esa Pág. C-1. Finalmente la desaparecieron.

Así podremos ver la sincronía entre quien utiliza un seudónimo y su propia personalidad. Por algún lado va la relación del mismo rostro en el trasfondo del espejo. La autenticidad, y de hecho la permanencia creciente de *El Quijote* en el alma universal está en que Cervantes presenta el alma dividida, en anverso y reverso, con el Caballero de la Triste Figura y su escudero, que ha de ser igual en cualquier humano. Eso tenemos con el seudónimo, por nada un invento frívolo. Crea una división entre el alma y su propia risa.

En razón de lo que significa el seudónimo como vestigio psicológico, y que se nos perdone lo que luce ser una desproporción argumentativa, el llamarse de diferentes maneras, digamos con los alias, es recurso de tan antigua cuanto insigne data que ya en la Biblia el buen Dios permite la licencia de ser llamado indistintamente Jehová o el Padre Eterno, según la referencia y época que de *El* se hiciere, sin olvidar el Nuestro Señor, que sería la magna dimensión en los denominativos. Estos por nada son caprichosos. Van ajustándose a las realidades. Veamos que Luzbel, hermoso arcángel de alas plateadas con bordes de oro que se deslizaba silencioso por las praderas de cielos azules y alegres estrellas, al ser dominado por el pecado de la soberbia, el mayor de todos, y en ese orden intentar su famoso golpe de Estado, queda convertido en un feo bicharraco y así resulta transformado en Satanás, nombre que ya indica un luciferino color con olores de azufre quemado y, en cuyas manos, en lugar de un laud para cantar dulces endechas celestiales, tendrá un azadón para perseguir y trinchar almas descarriadas, y que al pintarlo induce a los artistas a colocarle rabo y cachos y esa mirada feroz de alguien a quien le deben y siendo las tres de la tarde aun no le pagan el dinero que necesita para el desayuno. Esto porque con el matiz de Diabolo en lugar de Satanás al menos insinúa traviesas alegrías malévolas. No cuadraría tampoco llamarlo Demonio, matiz fónico que sugiere furia perversa y empecinamiento, y en ese caso, aunque a él mismo en el momento no le apeteciere, se ve impulsado a no dormir para ser madrugador y ejercer la maldad en todo tiempo. El nombre, por identificar siempre a alguien, crea una responsabilidad específica.

Al Diablo y al bochinchero Mandinga, bailador de merengues, se les guarda menos temor que a Satanás. Una madre cariñosa le dice a su hijo: “Eres un diablito”; y no le dirá “eres un satancito.” Se usa como elogio decirle a un amigo triunfador en lides amorosas: “¡Eres un diablo!”. Y su vanidad sentirá el agua fresca de ese calificativo. De por sí esos matices contienen significaciones no tan sutiles. En la literatura universal, desde Dante hasta Giovanni Papini utilizan más al Diablo que a Satanás porque éste se aproxima mucho al Demonio y aquél aún conserva las cercanías humanas de Luzbel, y tan humanas las de éste que no supo medir las diferencias e intentó ese referido golpe de Estado burrero contra el Señor, olvidando que este Señor, Nuestro Señor, tiene la mano muy pesada. En los exorcismos el tipo a combatir con todos los hierros no es el venezolano Mandinga, sino Satanás, a veces abreviado como Satán.

El Diablo, como igual Mandinga, que es también refistolero, se presta más para la picaresca, que con algo de eso lo tienen Vélez de Guevara y nuestros Antonio Arraiz, Guillermo Morón y Julio Garmendia, quienes en el tramundo literario lo utilizan en un creo y no creo que sea un bicho malo. Casualmente los tres indicados escritores son nativos de una región cercana, donde supuestamente Florentino le ganó al Diablo un desafío de arpa y maracas porque el diablo de esos espacios abiertos, traído y llevado por el viento de la sabana, es bonchón. Por esos lados hay un famoso viejo diablo, el diablo de Carora, del que no se conocen sus andanzas, pero el cual, siendo de esas referidas tierras de cuatro y maracas, debe ser bailador de joropos en las fiestas y cantor de tristísimos valsos llorones que hablan de atardeceres que se fueron y de mozas lagrimeando el amor que le voló de las manos y no pudieron aprisionar ni las rejas de las ventanas coloniales.

Difícil saber cómo sería un diablo maracucho porque ya le habrán inventado un denominativo estrafalario. De modo que al muchachito travieso le dirán: “*Si no te comportas bien te puede llevar Hiparmócrates.*” El caraqueño, en tales caracterizaciones, andará con arpa y furrucú para cantar el Cumaco de San Juan, con el jacarandoso “¡túa, túa y ya se van!” El andino por nada lo evoca, porque en su lugar le podría venir el propio Gral. Gómez, que era, como habría dicho Lazarillo de haberlo conocido, “un punto más vivo que el diablo”. Y no iría despistado, pues de ese modo el mismo Gómez se autopinta como no lerdo en las *Confidencias Imaginarias* que le hizo a don Ramón J. Velásquez.

La fuerza del humorismo es tal que Satanás, adversario no del alegre coplero sino del macabro exorcista que no es propiamente un cantador de canciones, da margen para que en el nivel de las travesuras le mencionen sin que a los lectores les traiga crispaturas de terror. Garmendia, mediante el tono de humor conque el venezolano se hace perdonar todo, se arriesga un tanto más al darle al personaje una variación coloquial:

*¿Podrías decirme, amigo Satán, si habéis descubierto un alma dentro de mí?*¹⁰

Hay un diablo en cada región nuestra. Si tenemos a ese margariteño que lo usa en el tono elogioso de la frase coloquial “¡Ab hijo er diablo!” De manera que los matices espolvoreados en denominativos, apodos, alias, seudónimos, atesoran fuerza propia Florentino, fino músico de arpa y maracas, canta peleas con el Diablo llanero y hasta le lanza un desafío, pero no se atrevería de frente con Satanás ni con el rabioso Demonio. Ni con Lucifer. No habría justa proporción. Doña Bárbara cultiva con él afinidades, y al utilizarlo en sus evocaciones, lo llama “el Socio”, referencia de cercanía, de compartir destinos, de generarles terrores a sus enemigos. Astucia femenina.

De modo que esa gama de nombres viene a ser lo que permite al ser humano huirle pero no tanto. Son particularidades de captación en todos los pueblos y civilizaciones. Fausto, con el sentido de un Goethe que era romántico pero no de esos que se alimentan con flores sino muy pragmático en su vida, está seguro de que tiene alma y puede negociarla. Bolívar, cuya pluma iba siempre al punto hacia el cual disparaba, frente a las insidias de su enconado enemigo Rafael Diego Mérida, en carta para Páez le dice que en este individuo todo es “maligno y abominable”, y no lo busca en el registro como el diablo; lo presenta no como una persona sino como un “sujeto” cuya

“naturaleza está herida por la maldición del cielo, y parece que en sus venas corre el veneno y en su mente reside el espíritu de Satanás.”¹¹

10. JULIO BARROETA LARA. *Viaje al interior de un cofre de cuentos. Julio Garmendia entre líneas.* Caracas. Academia Nacional de la Historia. Caracas. 1982. p.61.

11. VICENTE LECUNA. *Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar.* Caracas. Ediciones de la Presidencia de la República. 1983. p. 11.

Así el seudónimo tendrá un aura distinta conforme al matiz que lleve. En los humanos, digamos apartándonos de la Biblia para no ser tan solemnes, el seudónimo concede, aun a la persona más formal, el derecho de aparecer con un rostro de humor o igualmente criticar de modo ligero a personajes de la política y a las costumbres colectivas, lo cual no se debe confundir con el anónimo, que es colocarse un antifaz para calumniar, difamar y sólo eventualmente utilizarlo como simple travesura. Quien utiliza en la prensa el seudónimo comparte esa licencia con sus lectores, que de ese modo vienen a ser sus cómplices. No así ocurre con el anónimo, puñal en la sombra.

El seudónimo ha nacido con la letra misma y se consolida cuando ésta es difundida por la imprenta. Universalmente hay seudónimos famosos, al punto de virtualmente sustituir a los propios nombres. No mucha gente sabe cuáles en verdad eran los nombres totales, auténticos, convertidos a veces en alias, de personajes venerables, digamos Buda (Sidharta Gautama) o de sujetos como Stalin o Lenin, o de los relevantes personajes del mundo de las letras Stendhal, Rubén Darío, Azorin, Neruda, Gabriela Mistral. En nuestro país registramos el uso que del seudónimo hicieron Simón Bolívar (Juan Trimiño para sus lectores del Correo del Orinoco), Simón Carreño (alias Simón Rodríguez, Robinson y otros), Andrés Bello (al polemizar con Sarmiento), Fermín Toro, Juan Manuel Cajigal, Rafael María Baralt, Antonio Guzmán Blanco en el siglo XIX y ya en el siglo XX Miguel Mármol (Jabino), Francisco Pimentel (Job Pim), Gloria Stolk (Marisancha Roldán), Miguel Otero Silva (no pocos), Oscar Palacios Herrera (Regaterín, en crónicas de toros), Arturo Uslar Pietri (también en crónicas de toros y en la página C-1 de El Nacional), Aquiles Nazoa (Lancero), Jesús Sanoja Hernández (con más seudónimos que el propio diablo), Manuel Caballero (Juan Sebastián el Chamo), Carlos Eduardo Frías, Simón Alberto Consasvi, Alfredo Tarre Murzi (Sanin), Manuel Quintana Castillo, Jesús Rosas Marcano (Cirio), Francisco Salazar Martínez (Florentino), José Vicente Rangel (Víctor Vidal), y tantos más, a los cuales podemos unir Ana Luisa Llovera (Lupe Ravelo), José González González, Carlos Eduardo Misle (Caremis), José Fabiani Ruiz (Lorenzo Corchuelo) y de otros diarios Pedro Sotillo, Luis Núñez Arismendi, Luis Beltrán Guerrero. Y confesaré que yo, con mi “Profesor Mesmer” no escapé a la tentación de echarle mano a esta suerte de antifaz. El anónimo es una careta; el seudónimo es apenas un antifaz. A los lectores les agrada compartir la travesura. En ello consiste su éxito.

En esa página de crónicas y comentarios, pero con su propios nombres, estuvieron otros notorios colaboradores, de los cuales por ahora mencionaré a Humberto Silva Cubillán, Juan Páez Avila, Homero Arellano, Ciro Silva, Normando Bonalde, y al hoy de grata memoria Raúl Oviedo Rojas. En las secciones formales de *El Nacional* en sus primeros tiempos, Ramón J. Velásquez, -detalle que he mencionado pero valga la ocasión para repetirlo-, utilizó el apellido Montilva como seudónimo.

Y aquí, poniendo punto y aparte, recalquemos que por nada se debe confundir el anónimo con el seudónimo utilizado por alguien como simple travesura o como resguardo ante gobiernos abusadores. Zorrear con los zorros es un derecho señalado por Nicolás Maquiavelo, zorro mayor. El anónimo podría ser instrumento de villanos para calumniar y difamar. Me gané sólidos enemigos enconados, que me la cobraron, por no haberles permitido tal uso. Igual ocurrió a los directores y, por supuesto entre ellos al director Velásquez, quien, al hacerle tal comentario, convino:

-Si; hay quien quiere atacar gente, pero con una careta puesta.

Cuando la gracia está en el segundo “yo”

El seudónimo tiene similitudes con lo que en el ámbito popular es denominado “la chapa”. El seudónimo es elegido a voluntad y “la chapa” es algo que nos pegan. Se nos adhiere a la piel. Se consolida cuando es difundido por la imprenta. Corresponde a una fonética inserta en el ser humano. Los nombres, al brotar, tipifican. A nadie se le ocurriría denominar Caifaz a un hijo; el chirulí es un pajarito cantarino que deseamos tener cercano en una jaula, lo cual no haríamos con el zamuro, cuyo solo nombre anuncia que es un bicharraco, muy útil como aseador pero al cual colocaríamos lejos y más lejos aún si cantara, porque con ese bautizo no hay pájaro que cante bonito. La excepción es el cucarachero, al cual esa manera de llamarlo no impide que sea un bello pajarito y tenga el más bello canto del universo mundo. En los Altos Mirandinos, digamos en Los Teques, será como reconocimiento a esas apreciables cualidades, lo llaman *Churipín*. Fortuna mía es que, por vivir donde vivo, con el sol del nuevo día entra por mi ventana su canto pleno de trinos redondos y coloreados.

Tanto afecta el seudónimo chaperero, que un amigo, a quien por ser largo y gustarle los tragos de poeta un tanto gozador de la bohemia, le apodaron “la Plamera Borracha”, con sutileza demostró que tampoco andaría dando trastabillones por la vía pública, le dijo a Caupolicán Ovalles con intención, seguramente, de derivar los efectos de tan gratuita manera de quitarle respetabilidad :

*-¿Qué te parece? Los ociosos ahora la han dado por llamarme la
“Palmera Salvaje.*

Digo, y podemos comprobarlo, que el seudónimo y la chapa, debido a su autenticidad, imprimen sustancia. Brotan de la figura misma pues todos tenemos a la vista nuestra propia imagen y nuestra propia caricatura. Ya podemos imaginarnos qué tipejo era ese a quien los caraqueños denominaban el “Encanto de un Vals”. Igual, con respecto al propio denominativo, el espejo te dice cómo día por día el nombre te va cambiando la mirada, que se te hará franca o torva según el registro musical que trae adentro y aflora. Confiamos más o confiamos menos en los que suenan como flautas, aunque bien está establecido que sea en éstos o en otros podría deslizarse Mandinga y cambiarte tus valoraciones. Persígnete

Si acaso podemos librarnos de las acechanzas del propio nombre de pila, no así del seudónimo. ¿Si hubiese sido denominativo beatífico, ese *Lancero* le habría cuadrado a Aquiles Nazoa o ese *Job Pim* al plácido pero no menos aguuijoneador Francisco Pimentel ?. El humor tiene su dosis de acidez. *Lancero* estaba obligado a utilizar la lanza, como *Florentino* el arpa y las maracas en canto malicioso; Matías Carrasco, su tantico de papel de lija; Sanín, el yodo terapéutico en la política. Tuve un compañero de colegio apodado el *Marqués de las Tortas*, y, a la verdad, esa chapa le ajustaba mejor que su propio nombre. Se mostraba estirado, con la nariz levantada, y siempre preguntando a uno de sus amigos algo así:

“¿Tu apellido Carrasquero viene de la época colonial o es de los reciénvestidos de la llamada democracia?”.

La caricatura, sea de pluma o de letras, imprime tanta sustancia en el ser que podría modificarlo como no lo hará el propio nombre. Si uno ve con detenimiento la sonrisa que los caricaturistas le han colocado a Rómulo Betancourt, concluirá en que mejor le ajusta el “Romulón”

vernáculo que ese propio Rómulo exótico guatireñizado en la pila bautismal, que viene de aquel romano cuya leyenda reza que él y su hermano fueron criados con la leche de una loba. Nadie ha dicho cuál de los dos hermanos recibió la dosis mayor.

Veamos que haciéndose llamar “*Duque de Rocas Negras*” el caletero guaireño Vito Modesto Franklin no sólo entra en la nobleza vernácula del platanal sino que además alcanza tal autenticidad que de su resonancia brota el caraqueñísimo término “vitoqueado”, aplicación criollista que se la gana quien, lleno de baratas vanidades, se auto valoriza como si fuera la crema de la nata. Tenemos políticos vitoqueados, gobernantes extra vitoquiados, escritores vitoquiadísimos.

Nuestro director Ramón J. Velásquez, refiriéndose a alguien un tanto afectado por el vitoquismo, y no recuerdo cuál, decía:

“Se da aires de perdonavidas.”

A no dudar, existe un determinismo psicofonético. Invirtiendo la historia, ¿Caín se habría dejado despanzurrar con una quijada de burro por su hermano llamado Abel, que no es nombre para un matón? Hay un destino implícito en los apelativos. En ese punto, como en todo lo trascendente, aparece la Biblia. De sus nombres, María es el más dulce de todos. ¿Cuál mujer, sino lleva el nombre de Ruth, pudo decir a su suegra Nohemí esa frase, la más bella y profundamente poética expresión que pudo brotar como el más hermoso ejemplo de solidaridad y ternura humanas,

*Donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas yo viviré.
Tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios,
y donde tú mueras yo moriré.*

En la Biblia los nombres y sus contrastes van singularmente bien esclarecidos. Eso está remarcado. La impresión de que sea Judith, con tan delicado nombre, quien a Holofernes le corta la cabezota greñuda y barbuda que le adivinan los pintores, no se tendría igual si ella se hubiera llamado Policarpa. “Tú eres Pedro, que significa piedra, y sobre ti construiré mi Iglesia”, le dice Jesús a este apóstol a quien le habría quedado descuadrado decirle lo mismo si su nombre hubiese sido Alirio,

más que para esas violencias bueno para un fino arista tocador de laud. ¿Matías le habría cortado la oreja con la violencia de un solo tajo al impertinente centurión Marco en el Huerto de los Olivos? El áspero nombre Judas Iscariote, creado para estigmatizar la traición, muestra que todo denominativo humano constituye una sustancia activa y nunca pasiva, en la cual palpita un propio y diferente corazón. ¿Existe otro denominativo más acertado para llamar a un traidor? Por algo los judíos, y respecto a ese punto confesamos nuestra falta de información, se quedaron con Jehová y nos dieron a Dios. ¿Una sutileza? No es propiamente un segundo yo, ese que en ocasiones aparece materializado. Presente y concreto.

Se dice que Stalin tenía no uno sino diversos “dobles”, tan parecidos que los hicieron precisamente para que los enemigos no distinguieran a quién iban a matar. Estos detalles son de vital importancia en el cine violento. El “doble” es el que recibe los puñetazos y el galán sale de cuerpo presente cuando se trata de recibir los besos de la muchacha. No es lo justo.

Y culminando vemos que Jesús fue llamado así mientras sólo era el hijo de José y María, pero al sellar su vida como Redentor, se le llamaría, con lograda trascendencia, Jesús Cristo. Aquel nombre resultaba corto para quien integra lo supremo de su sacrificio y la magna lección que es guiar a la humanidad por la vía del convencimiento, la mansedumbre rebelde, la no violencia. Y solemos otra pregunta: ¿no es esa la fuerza mayor? Eso ya lo descubrieron las mujeres y de allí su recurso máximo: las lágrimas.

Si el nombre va con el cuerpo al salir del bautismo, el nombre logrado por la autenticidad, digamos el seudónimo, por ser de nuestra libre elección, es más profundo al surgir con el almacuerpo, igual que “la llama sale del fuego”, para decirlo tomando en préstamo la frase de Flaubert al referirse al estilo literario, pues no hallaríamos relación más acertada.

Valga la derivación recordar en esto de seudónimos, apodos y autoapodos, que el formidable personaje Antonio Guzmán Blanco, tan ambientado en la picaresca como en lo formal, a quien lo agredía en la prensa le publicaba una réplica con su seudónimo *Alfba* y, tal vez para que pudiera disfrutar de su lectura con suficiente tranquilidad, lo metía

en la sombrasa cárcel denominada La Rotunda. Rodeaba su personalidad con esas particularidades no comunes pues no era un hombre común. Pongamos: en cuanto a cómo debían llamarlo, detalle por él no descuidado en absoluto, y que tenía en todo una conciencia militante, alerta, y por supuesto estaba claro respecto a la importancia del apelativo, se auto enchapó con el no menudo nombre adjetivado, que al escribirlo te pide signos de admiración: el “¡¡Ilustre Americano!” , lo cual, para que hubiera sincronía entre su persona y tal empaque de afirmación, y algún equivocado no creyera que él era un hombre suave, manoseable, que eso sería lo peor que le pudiese ocurrir a un caudillo, siempre se retrataba en actitud desafiante con un descomunal revólver en la cintura, un espadón colgado que no iba más abajo del piso porque no era posible, y atrás un enorme caballo blanco ensillado y listo para entrarle de frente, y con todos los corajes, al enemigo. Toda esa recia estampa refrendada con su transcurrir vital, pues no es entonces, ni había sido, ni sería, de esos caudillejos patarucos que echan a correr antes de sonar el primer disparo y, cuando suena, sencillamente ya se han encuevado. De ellos habla la historia.

Pienso que si el nombre revela en algo nuestra personalidad, pues él va moldeándonos, dijimos, en el curso de la vida, más aún lo hará el seudónimo habitual, no el fortuito, cuando lo creamos a nuestro gusto, y de ese modo a imagen y semejanza. Tal vez no por lo que somos, sino, igual, por lo que estamos aspirando a ser. La caricatura dice más, mucho más, que el retrato. Conviene manejarla con delicadeza. Por eso no es justo que al maracucho, sin que pueda defenderse pues ha sido bautizado, como a todo humano, siendo un bebé, le colocan nombres estrafalarios y jamás ajustados a los almanaques. No es que los padres desdeñan los almanaques; es que llevan gusto en contrariarlos. El origen de un Heberto, así, podría estar en el San Heriberto. De modo que a un amigo y colega que lleva ese nombre lo dejaron sin santo. Esto no sé si va con las damas, punto en el cual no entraré, me quedo en la puerta, pues a ellas las respeto por el sólo hecho de serlo y considerarlas la maravilla de la creación, y más todavía porque mucho me recomendaba el abuelo seguir una norma de sabiduría que, el no seguirla cabalmente, me ha traído las más desagradables agruras:

-Usted no me pelee ni con las féminas ni con los afeminados..

En cuanto a los marabinos, éstos pueden ser bautizados Carlos igual que Ruibarbo, pues, tal dijimos, un bebé no está en condiciones de protestar. A los padres no les habría interesado saber tal vez lo que ese nombre podría influir en la vida del pequeño. Tuve un profesor de historia en la UCV, creo que de apellido Rincón, que ya es como anunciar su proveniencia, quien al mencionarle uno de mis condiscípulos al general tebano Epaminondas, interrumpió la clase y anotó el nombre en un papel que se echó al bolsillo a tiempo de exclamar:

-¡A buen nombre...¡primo..! para un maracucho!

No dijo el profesor a cuál inocente bebé le pondría encima ese dulce nombre. A un amigo nacido en esa cálida región, “tierra del sol amada”, que así la llamó Baralt y en ello me permito acompañarlo de todo corazón, amigo el cual, digo, dentro de su firma llevaba inserta una “H”, de modo que se llamaba José H...., un día le dije: “Esa “H” ni te la destapo”, a lo cual me completó la idea: “¿Y por qué no, si apenas es *Hiparmócrates*.?” Tienen ellos tales particularidades como el hecho mismo de ser llamados indistintamente marabinos o maracuchos. Al siempre recordado amigo y colega Euro Fueamayor le pregunté que de dónde fue sacado ese nombre suyo que no aparece registrado en ningún almanaque pues no hay ningún San Euro, ni siquiera en el del sánscrito, se limitó a sonreír. El escribía en *El Nacional* una chisposa columna personalizada, muy leída, en la cual planteaba el dilema de si el término exacto era marabino o maracucho dentro de esas renovaciones revolucionarias en la lengua castellana de españoles y canarios y latinoamericanos conque por estos lados matamos o enriquecemos el habla. Le consulté:

¿Tú eres, Euro, marabino o maracucho?

-Yo soy marabino.

- Y (...fulano..) ...?

-¡Carajo! ...ese sí es maracucho!

Al apreciado colega que igual a la compañía petrolera se llama Esso (Esso Alvarez), excelente profesional del periodismo gráfico, cándidamente le pregunté:

-Esso: ¿tú de dónde eres?

¡Y todavía me lo preguntas?

De modo que si el nombre te es impuesto aprovechándose de tu indefensión, pues eres un bebé, no así el seudónimo, el alias, la chapa, que es algo personal y puede aceptar o rechazar tu alter ego. Te ibas a los puños en la escuela cuando te colocaban un alias que no era de tu agrado, pero no cuando las muchachitas te llamaban “Campeón”. De modo que el seudónimo aceptado o elegido te permite de una vez decir , y por ti mismo, quién eres o desdoblar la personalidad en quién no eres, que para ello mencioné a Cervantes proyectado en su Quijote y Sancho, aunque a la verdad en su vida personal no fue un Quijote, toda vez que en alguna ocasión bordeó no hacia la picaresca sino directamente hacia la picardía, por lo cual estuvo preso en la cárcel de Argamasilla de Alba, referencia que se confirma cuando dice haber escrito su obra “*donde toda incomodidad tiene su asiento*”. Bien: no todo en la vida es pérdida.

Tornando a nuestro ámbito, doña Gloria Pinedo de Stolk, gran dama, con su seudónimo *Marisancha Roldán*, se sitúa en el plano diferenciado de ser y no ser ella misma. No permitimos que se nos roce, aunque sea levemente, la imagen que tenemos de nuestro yo. Por nada es agradable que se nos aluda en alguna crítica pública, por leve que ésta sea. Sólo quien hubiere pasado por ese trance podría tener idea de cómo eso molesta. En siglos pasados, debido a ello, hubo escritores que se batieron a duelo con quien apenas había dicho que escribían versos imcompletos. Cojos. Las reacciones no se hacen esperar con acuerdo, por supuesto, a los diferentes niveles de educación que tuviere dentro del alma el poeta o poetastro. Precisamente refiriéndose a quien con sus comentarios escritos le había causado molestias a doña Gloria Stolk, cuando ella presidía el Instituto Nacional de la Cultura, se limitó a comentarme, con esa elegancia muy suya, pues que por algo se llamó Gloria:

-Ese es un hombre muy desagradable.

Sé que me alargó, pero no puedo resistir echarle un párrafo al recuerdo de Carlos Ramírez McGregor, persona muy particular, de cuya revista *Momento* fui Jefe de Redacción, y por quien guardo un firme afecto. En sus escarceos polémicos con el editor Miguel Ángel Capriles, éste lo llamaba “el Machorro ” y en la redacción teníamos buen cuidado de no comentar ese punto. Capriles pensaría, errando el tiro, que adjetivándolo de esa manera lo trinchaba mejor, pero no se paseó por el supuesto de cuánto Carlos Ramírez estaba orgulloso de su propia masculinidad, y de

ese modo tal añadido machista lo colocaba en el nivel de los buenos gallos espueleros. Tiempo adelante, ya no estando con él en la revista, me envió a *El Nacional* una misiva personal que, para sorpresa mía, la firmaba:

“Afectísimo amigo, “Machorro.”

Ante los apodos cada cual, hemos visto, tiene sus propias reacciones. Conforme a un viejo cuento, en la Parroquia La Candelaria de la vieja Caracas vivía un sujeto llamado Adriano Camacho, a quien apodaban, a sus espaldas, “Cohetón”. Este había dicho que apalearía a quien se atreviese a llamarlo de ese modo. Unos guasones le ofrecieron a un limpiabotas dinero si lo hacía. El muchachito se acercó al guaparrando y dándole vueltas al asunto sin dejar de pensar en las monedas de la recompensa, le fonetizó el ruido del cohete en ascenso: -

Limpiá...psí,psí,psí...psí...psí...siiiii..!

Prevenido con el garrote , Cohetón se le va encima:

-¡Estalla (¡¡!) y verás que te mató!

Los apodos o alias o seudónimos, o “chapas” que resultan ser una condecoración, van arraigados en la personalidad de quien los disfruta o sufre. Hemos tenido jefes de gobierno resaltados como el “Ilustre Americano”, el “Héroe del Deber Cumplido”, el “Centauro Páez”, “Cara e’ Gallina” el “Cabito”, el “Bagre”, el Ronquito, “Romulón”, “Tarugo”. ¿Acertadas chapas? Respecto a este último la explicación la da el propio enchapo-condecorado Gral Marcos Pérez Jiménez, en entrevista con el profesor Agustín Blanco Muñoz, quien la registra en su excelente libro *“Habla el General”*, emporio testimonial. Allí el Gral.Pérez Jiménez, al comentar el punto, desnuda su alma con la mayor de las delicadezas:

Me dijeron “Tarugo” y yo respondía: sí, es cierto, fui en mi país un tarugo para las cloacas.

En el momento en que salió el tarugo, -con el perdón de la palabra- salió el mierdero.¹²

12. AGUSTÍN BLANCO MUÑOZ. *Habla el general*. Caracas. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico UCV. Centro de Estudios de Historia Actual. Caracas.1983. pgs.405-406.

Diferencias hay entre dar la cara y esconder la cara

La gracia del seudónimo, que no del anónimo contrario a la ética, y además acertadamente prohibido por la Ley, viene a ser el velado misterio que envuelve a ese alias que generalmente se sabe a quién corresponde. La literatura, en cierto modo, está dentro de ese escribir contra algo u alguien, parapetado detrás de un personaje. ¿Acaso Don Quijote y Sancho no es el mismo Cervantes batiendo costumbres y personajes supuestamente imaginarios? *El Buscón* es Quevedo como *Las Goyescas* son Goya o el *Concierto Emperador* es Beethoven y Santos Luzardo y la Doña integran a Gallegos, y *Vuelta a la Patria* es el alma de Pérez Bonalde. Hoy, conforme a Gustavo Flaubert pienso que voy acertado en estas interpretaciones, pues él, para responder a la crítica, dijo refiriéndose a su más famoso personaje: "*Madam Bobary soy yo.*"

Es el seudónimo una de las más profundas manifestaciones humanas. Y lo debemos a esa sal de la vida que es la picaresca. De allí su eterna vigencia. El mismo seudónimo cerrado, que luce como anónimo, no lo será del todo, pues está siempre avalado por el respectivo editor. Será éste, al fin de cuentas, a quien se le carga la responsabilidad legal. Y moral. En mis funciones redaccionales me gané algunos enemigos que aún no me han perdonado, y me demostraron su encono, el no haberles permitido el uso del anónimo. Igual, pienso, sucedería con el director Velásquez. El punto se lo comenté y me dijo:

-Si; hay quien quiere atacar a los demás, pero con careta puesta.

En situación similar, y con igual solidaridad y firmeza, el director José Ramón Medina, se adelantó en un caso particularísimo que se me presentó:

-Si esa persona quiere protestar por algo inconveniente que no le publiques, pásamelo a mí. Yo me hago cargo.

De manera regular los seudónimos, salvo algunos en los cuales fue necesario guardar determinada discreción, eran abiertos. Digamos respecto a *El Nacional*: ¿acaso nadie sabía quiénes eran Sanín, Matías Carrasco, Manuel Rojas Poleo, Marisancha Roldán, Cirio, Graterolacho, Juan Sebastián el Chamo, Sancho, RAS? Igual Arturo Uslar Pietri lo utilizó en temas muy generales, jamás políticos, como en un comentario en el cual

expresa su rechazo a que los periodistas seamos denominados “comunicadores sociales”. En eso lo acompañamos, pues el periodista es un comunicador y algo más. También estuvo con seudónimo Rodolfo José Cárdenas, buena pluma, y Caremis, cronista en toros y en el ruedo de la vida. Ha sido esa página la renovación del comentario satírico, del pequeño cuadro costumbrista, de la ironía que pica pero no deja roncha. Lo dicho no obsta para reconocer que alguien pudo haberse salido de la norma o que, a veces, una alusión que consideramos inocua, constituirá para otro alguien una grave ofensa, por aquello que expresa el personaje de un cuento de José Rafael Pocaterra:

-Naide sabe cómo tiene el cuerpo naide

De esos meandros que integran el tan íntimo uso del “segundo yo” viene al caso, derivando mas todavía, que hay quien ha tenido conciencia de esa particularidad al proyectarse hacia lo colectivo. Pongo un caso: mi hermano Carmelo Ríos la dio por expresar que él tenía nombre de caudillo y disfrutaba cuando te lo repetía: ¡Carmelo Ríos!, a los cual añadía con *pausa recalcada*: “¡el Caudillo de Oriente”! Atribuyámoslo a la adolescencia y al habitual sentido del humor que en Carmelo formaba buena parte de su personalidad. Y no iba descaminado del todo. Para ser caudillo es preciso tener, además, un nombre corto y sonoro, que salga en una sola emisión de voz, igual a ¡Joaquín Crespo!, justo lo necesario para este general recio a la hora de serlo y, tanto, que para acabar con él tuvieron que dispararle a distancia y enmogatados desde un matorral. Llamarse Antonio Leocadio, en cambio, fue suficiente tratándose de un morisquetero populista que no era individuo para comandar hombres armados y menos ordenar cargas a la bayoneta. Los bríos, que sólo eran de garganta, se los extinguieron los godos con sólo meterlo unos días en la cárcel y amagarle un fusilamiento. Ha debido ser a causa de ello que su avisgado hijo, viéndose en ese espejo y buscando esa impronta que ya indicara mando y obediencia sin chistar, ordenaba y firmaba con tono de relámpago: “*Si se opone, ¡dispárele!* (fdo.) ¡Guzmán Blanco!”), lo cual es diferente si le hubiera dicho al subalterno: que cuadraba frente a él

“Si no es mucha molestia tenga la bondad de dispararle a ese enemigo que tenemos a la vista y podría causarnos algún daño.”

¿Podemos continuar hablando de este punto, con licencia del objeto de esta semblanza, don Ramón J. Velásquez? El, por ser historiador y cronista, y uno de los mejores humoristas de habla, y no me refiero a lo escrito, que he conocido, entenderá bien tales expansiones.

Pues agreguemos que ser caudillo tiene sus exigencias conforme al tiempo y las circunstancias. Estos hombres recios del siglo diecinueve tenían que andar a caballo y mascar tabaco en rama. Olvidar la navaja de afeitar. De alguno de estos detalles podría escapar, pero jamás del denominativo. ¿Quién se habría subordinado a un jefe de a caballo que si en lugar de un solo trazo de firma colocaba “¡Bolívar!”, se hubiese atascado en este largo santoral de su bautismo: Simón Antonio de la Trinidad Bolívar Palacios y Blanco? En igual modo Napoleón sólo firmaba con el relámpago conque actuaban sus legiones: “¡Bonaparte!”. A Julio César, el más grande capitán de la historia, sólo le bastaría colocar el “César”. Mucho ha debido influir en la proyección del Gral. Páez que en sentido positivo le denominaran “*el Centauro*” y muy diferente habría sido presentarse como “*el Rey de los Araguatos*” que le habían difundido los liberales. Del *Centauro Páez*, pero no del *Rey de los Araguatos*, pudo José Martí decir en vibrante alegoría

“que libertó a Venezuela en un galope de caballos que duró veinte años.”

Me referí a que Carmelo Ríos, entre serio y jocosero, se había metido entre pecho y espalda eso de la dimensión que ha de tener un recio capitán de multitudes. Añado, y esto me fue relatado por él mismo, y así lo traslado, que ese mareo de juventud lo llevó al punto de que al ser puesto preso por la Seguridad Nacional, ve que el jefe de la brigada repasa con la vista el grupo donde él está, mientras mueve el dedo impreciso y echa por la nariz con voz displicente:

-¿ Y ése quién es?

A este golpe directo a su orgullo, Carmelo. que había llevado el trance con algo de sonrisa, echa medio paso atrás con ademán de prócer ofendido y reclama:

*-¿Cómo que ese quién es ? ¡Yo soy Carmelo Ríos, el Caudillo de Oriente;
-¡Ah..!-saltó el jefe- ¿Con que se trata del Caudillo de Oriente!? Pues los
demás salen y a éste me lo dejan preso. Es un jefe. Y un jefe es peligroso.*

Debido a su intimismo el seudónimo, igual al alias, o al denominativo de distinción, impregna sustancia. Si abrimos ventana en la historia universal, no sería lo mismo Ricardo Borgia que Su Santidad Alejandro VI, quien desde el solio confirmó con su vida que a veces el zorro pierde el pelo pero conserva otras particularidades esenciales. Cuando alguien elige un seudónimo y sus aditivos para suplir el nombre que le colocaron en la pila bautismal, consciente o inconscientemente le agrega determinados rasgos velados de su personalidad. Sin embargo, no será siempre, pues pensemos que el seudónimo, aunque no fuere malintencionado, podría estar en los niveles del anónimo. Hay casos muy varios. En el *Correo del Orinoco* se hace un periodismo de guerra e igual uno civil para difundir ideas, noticias y problemas en torno a la república que se está fundando. En esa publicación trascendente Bolívar escribía con el seudónimo *Juan Trimiño*, situación muy particular porque Trimiño existía. Era sastre . Ramón J. Velásquez admite, vimos, que alguna vez utilizó el seudónimo “Montilva”, personaje popular de San Cristóbal.

No existen fronteras en los mimetismos del yo. Ni aun en la vida real. Hay también quien cae dentro de lo estrambótico para darse un buen enchapado. Un sujeto a quien conocí alegaba que sus verdaderos apellidos deberían ser, conforme a su prosapia documentada en los reinos de Castilla y Aragón, y con el sello del Rey en los archivos coloniales de Sevilla y Segovia, algo así como (Fulano) de la Cañada y de las Riveras del Anauco, a lo cual alguien, que lo conocía muy en su intimidad, cambiándole las aguas cristalinas por las del hoy puerco río, le corregía : “¿Y por qué no de las Riveras del Guaire ?” Uno de sus compañeros de colegio me dijo que estudiaba con una pequeña beca de indigente, y ellos lo enchapaban “*Cochocho*”. Diferencia no menuda.

En las casas venezolanas ha sido común el niño a quien todos llaman “Nené” aunque sea un abuelo con tatarnietos, y veremos que de ese modo le sacan al aire la personalidad. En cualquier caso, ésta emerge. Figura resultante de lo que eres. Algo hay de morrocoy en un sujeto conocido a quien desde sus tiempos de escolar los compañeros le pegaron la chapa “Morrocoy Parado”, y de ese modo lo vi lucir aunque estuviera

caminando. El denominativo condiciona. Si alguien es bautizado “Pinocho”, la nariz continuará creciéndole hasta emparejarse con el nuevo nombre y así no aparezca desairado quien con tan buena fe lo rebautizó de esa manera.

Serán pocos los venezolanos que han escapado a tener alguna chapa, que puede ser amable, inocua o agresiva. Unas desaparecen. Otras, por su autenticidad, imprimen sello, sustentan. Uno de mis amigos tuvo diversas y una tan acertada que, me confesó:

-“¡ Ni de vaina te la digo!. Nunca más me la podría despegar.”

Los poetas auténticos, personajes más conectados con la irrealidad que con la realidad, (no de esos que viven en la luna pero bajan a cobrar todos los sábados, como dice la picaresca; los poetas auténticos, digo, no están conformes con nada y, si lo estuvieran, ¿qué cosa nueva podrían aportar? El arte es resultado de la inconformidad. Algunos, como Rubén Darío, cuyo nombre real era Rubén García Sarmiento, al no sonarles adecuados para manejar musas, peripecia delicada porque al fin de cuentas son mujeres, metaforizaron sus nombres. De ese modo le añadieron melodía. No así Neptalí Reyes al asordinar ese sonido lírico y colocarse un Pablo Neruda, bronco, que le quedaría bien a un líder agrario de su bando supuestamente revolucionario; en cambio doña Lucila Godoy Alcayaga demostró de una vez el metal poético que le trajeron esos límpidos cielos estrellados del Sur al echar a un lado ese Godoy Alcayaga, que excelente podría ser para un líder de la oposición, y al frente de sus rimas poner el Gabriela Mistral que ya, sin más, es un suave trinar cantarino.

En el fondo de todo está que de uno u otro modo buscamos un seudónimo que, suponemos, va en algo de acuerdo a nuestra personalidad esencial y ese mismo orden aceptamos los apodos. Recordemos el ejemplo, referido, de cuando la niñita de la escuela nos llamaba campeón.

Y aquí comenzamos a ir cerrando el Capítulo II, semi ensayo destinado a profundizar en la importancia y significación del seudónimo por vía del apodo, asunto al parecer tomado a lo frívolo en el periodismo. No así por un amigo, avisado cazador de noticias a quien desde niño apodaron “Moquillo”, debido a que era muy preguntón. Nació periodista. Al aludirlo alguien varias veces con ese apodo en un escrito, se queja:

-Que me diga Moquillo una vez, está bien. “¿Pero, cuatro veces!?”

Oportuna esa página que contribuye a la distensión

Al tomar Ramón J. Velásquez la dirección del diario, su primera mancheta es una tarjeta de presentación hecha con solera de pensamiento clásico:

“Cuando hay un camino real no se inventan veredas.”

Ello significa que mantendrá la línea editorial sostenida por el diario desde su nacimiento, y la cual irá ensanchando ese camino ya consolidado. Tampoco es que él, Ramón J. Velásquez, lleno de inquietudes, dejará correr las aguas y sentarse a verlas pasar. Esa línea es una guía. Debido a su condición de historiador que al acontecer lo mide con el signo de cada tiempo, irá interpretando las nuevas solicitudes colectivas. Los lectores están siempre ansiosos por ver cambios y sentirse librados de la monotonía. Lo nuevo es el reclamo mayor de un periódico. Lo intentará siempre dentro de la norma editorial. Abrir espacio para mostrar de otro modo la política y sus incitantes escenarios de picaresca, en el que a los personajes se les vea la tercera dimensión, era algo que ya, de modo silencioso, pareciera que lo estaba reclamando el diario desde algún tiempo atrás. Con esa página C-1, matizada por el uso del seudónimo abierto, que no oculta al autor, ventana de expansión en la cual se debe, por motivos obvios, suponer que en la conciencia empresarial ha podido coincidir con Miguel Otero, el periódico recibió un nuevo aire, original, propio y por ninguno otro igualado.

Al ofrecer éstas en ocasiones traviesas lecturas, los escritores políticos desplegaron su segundo “yo” gracias al seudónimo y también ocurrió, y de gran importancia, que los desplazados izquierdistas tuvieron dónde escribir. Fue una contribución significativa, necesaria para un país necesitado de distensión política, en esos momentos cuestión importante, y delicada siempre, habida cuenta de que aún rondaba la temerosa, y por ello agresiva OLA. No es posible mantener a un país metido indefinidamente dentro de un zapato apretado. Entre las viejas y nuevas firman prestigiosas que arriban a la creada página están Guillermo Morón, Jesús Sanoja Hernández, Elio Gómez Grillo, Ildefonso Leal, Gloria Stolk, Carlos Emilio Muñoz Oraá, Vicente Ibarra, Juan Nuño, Atanasio Alegre,

María Auxiliadora Barrios, Gustavo Arnstein, Alexis Márquez Rodríguez, Paulina Gamus, Augusto Germán Orihuela, Francisco Salazar Martínez, José Santos Urriola, Ciro Silva, Earle Herrera, Manuel Graterol, Homero Arellano, Juan Páez Avila, Oscar Henríquez Chalbaud, Raúl Oviedo Rojas, Carlos Blanco, Héctor Pérez Marquelli, Humberto Silva Cubillán, Máximo Mendoza Alemán, Normando Bonalde y otros tantos de nivel, más algunos a quienes no debo mencionar porque utilizaban seudónimos cerrados por los cuales respondía el editor, digo, y en consecuencia no eran anónimos, a diferencia de *Sanín* o *Matías Carrasco*, seudónimos abiertos. Únicamente fueron utilizados por quienes criticaban asuntos políticos y no para disparar en articular contra alguien.

Si de diferentes personas hablamos, disímil sería la escritura que representaban. Digamos Morón, Leal, Virgilio Tosta, la historia vive y no es que revive pues no ha muerto; con Anibal Nazoa, la risa es cosa muy seria; Sanoja, la política también lo es y vale la pena puntualizarla día por día; Gómez Grillo, el dolor que causa no haber podido salvar del fatalismo a ese pariente pobre de la sociedad que es el delincuente común; Orihuela, el educador como guía esencial de la vida; Vicente Ibarra, la nostalgia de París; Atanasio Alegre, trascendencias hay en los temas comunes y en los eruditos; María Auxiliadora Barrios, la vida contiene dulces perfiles místicos; Alexis Márquez, voz de educador con palmeta o sin ella; Paulina Gamus, todo visto con criterio de modernidad e ironía defensiva; José Santos Urriola, el Llano tiene un tipo de sonrisa; Ciro Silva, no despegar el ojo de la política en marcha; Earle Herrera, de lo dulce y de lo amargo vale la pena conversar mediando la sonrisa volteriana; Manuel Graterol, por estos lados anda el costumbrismo; Homero Arellano, serena reflexión de un andino que lo es de verdad-verdad; Juan Páez Avila, el acontecer tiene raíces que es necesario traer a flote aunque sea sin alzar la voz; Oscar Henrique Chalbaud, el imperialismo no es un cuento de los que echan en los velorios; Raúl Oviedo Rojas, que por nada el país tenga que regresar a dolorosas etapas represivas; Carlos Blanco, el mundo visto por un jovencito madurado por la vida y la reflexión y los estudios; Humberto Silva Cubillán, mucho aún tenemos que aprender de la historia; José Rivas Rivas, déjame ver qué traes en tus macutos; Máximo Mendoza Alemán, serenidad no es estar ni estancado ni dormido.

En esa sección escribieron comunistas, liberales, derechistas que ostentan credos de izquierda y es que han dado vuelta redonda y

agarrándose por la cola están en pleno fachismo, ex guerrilleros e igual, una vez un tanto asentada la combustión política, uno que otro de esos colaboradores respecto a los cuales, durante la referida etapa del boicot publicitario, le había sido indispensable a la empresa dar el “pase agachao” y discretamente mantenerlos un tanto a resguardo tras de la puerta. Causa de fuerza mayor. Entre ellos, don Pedro Beroes. Me permití solicitarle la colaboración pero, de fuerte carácter como era, y lo digo con el debido afecto que le debo a quien fuera mi profesor en la UCV y me distinguió con su amistad, me respondió, tal vez por estar sentido, que “en esos momentos no estaba interesado.” Algún otro, en esa gestión personal donde yo daba por sentado que el director estaría de acuerdo pues conocía sus líneas de mando, me manifestó que lo haría “si personalmente se lo pedía Miguel Otero Silva.” Pudo haber sido para darle alivio a su maltratada psiquis. Catarsis. Aunque de diferente tipo.

Detrás de una sonrisa muchas cosas puedes encontrar

Por diversas razones la Página C-1 hacía brotar nuevos lectores: una, debido a que la distinguía un predominante halo de sonrisa que permite la distensión catártica, y otro, tal vez el más importante, a la extensión de sus textos, lo cual es de la mayor importancia por aquello que recomienda el viejo maestro: “*lo bueno, si breve, dos veces bueno*”. Era una isla en medio de las durezas de las noticias cruentas y las opiniones ásperas. No me fue fácil manejarla. Me creó amigos que recuerdo y enemigos que ya olvidé. De igual modo, para unos y otros, un saludo y gracias mil. Brindo por ellos.

A la sección los participantes le llegaron por caminos varios y sorteando diversas circunstancias. El ingreso de Pedro León Zapata, por caso, muestra cómo aun estaba crispado *El Nacional* bajo el síndrome de la Organización Latinoamericana Anticomunista (OLA). Fue algo eventual. Cuando Omar Pérez me pasa la coordinación de la página mientras él va de vacaciones, curucuteo los archivos y allí, junto con algunos textos, encuentro un dibujo que presenta el rostro de Luis Herrera Campins. No lleva firma. Me causa impresión su calidad. Y al no disponerse de un caricaturista fijo, que es complemento de cualquier sección editorial, se alternaban diversos. Le pongo un texto como anclaje y lo publico. Al día siguiente Aníbal Nazoa llega para entregarme su columna y me comenta: “Ese es de Zapata, un pintor amigo mío.” Cumpló con las vacaciones de

Omar y a poco él mismo me llama para decirme que lo han designado para dirigir la sección informativa que cubre a todo interior del país, y que si quiero hacerme cargo de la página C-1 en forma permanente. Acepté. O, dicho mejor, me aceptó el director Velásquez con quien, di por sentado, ya Omar le había hecho la consulta. Yo venía de ser jefe de redacción de la revista *Momento*, de Carlos Ramírez McGregor. La sección conserva el nombre que cuenta ya más de cuatro décadas: “Zapatazos”.

Casi estabilizado el “Zapatazo”, y aquí aparece otra vez gravitando sobre el periódico la sombra inquisitorial de la OLA, un alto directivo de la empresa me hace saber que tiene urgencia de hablar conmigo. Acudo a su solicitud. Me formula esta pregunta frontal, en la que va envuelto un comentario, producto sería, digo, del rechazo que le inspiraba:

-¿Ese caricaturista nuevo que ahora tienes allí es también comunista?”.

Ese tipo no sabe dibujar. Yo dibujo mejor.

Al comienzo se alternan Zapata con Sancho y Lumute, de los buenos en el oficio, y algún otro de calidad cuyo nombre lamento no recordar. En esos días el director Velásquez me manifiesta que la empresa me enviaría un caricaturista para que, si conviene, lo alterne con Zapata. Una mañana salgo a tomar café y, al regresar, encuentro conversando por mi teléfono de uso al que supongo es el referido caricaturista. Amablemente le pregunto si desea hablar conmigo, a lo cual responde cortante: “¡No; con el Director!” Entendí que yo era muy poco para él y, considerando su tan alta dimensión y mi pequeñez, allí lo dejo, y allí quedaría, pues, esperando al Director.

El asunto de Zapata me trae a la mente aspectos de esos que debido a que las incidencias de esa clase, y correspondientes a un plano más apagado en el acontecer, pasan inadvertidos y podrían ser la punta de algo mayor que reposa bajo la superficie. Un iceberg Veamos:

Estábamos en cuenta de la actitud reticente de sectores que ven con recelo cualquier crítica social. Tan pronto fueron publicadas las primeras caricaturas de Pedro León Zapata, que de cuando en cuando traían algo de ese llamado “contenido social” un tanto a la moda entre narradores y pintores revolucionarios de bar y tragos en el boulevard de Sabana Grande,

se puso en evidencia ese rechazo, a veces no percibido pero que allí está. Reto planteado. Es la lucha, su lucha diría yo, consciente o inconsciente, por la preservación del status. Esta circunstancia, que comento conforme a mis vivencias en esta circunstancia de cronista, que no de articulista, coincide con el incremento en el país de la intromisora insurrección cubana con Castro y su fascio-comunismo recalentado, lo cual en conjunto permitirían pensar que de esa convergencia dichos sectores, al sustanciar, hicieron una sola cuenta. O, más claramente dicho, una sola pelota. Ya vimos que la empresa se vio en el trance de prescindir de unos cuantos buenos periodistas de planta y de opinión. Una prejuiciosa supersensibilidad colgada en el ambiente mantenía los ánimos en tensión.

(III)

No poco puede haber entre igualdad e igualación

Permítaseme derivar un tanto más en el fondo de algo que aun allí está. No pasa. Luce intemporal. Atascado. Si tomamos en cuenta esa latencia que viene de muy atrás en la raíz histórica, es lo prudente no caer en deslices que pudieren crear involuntarios contrastes clasistas, punto respecto al cual ya muy en especial advertían los directores Reyes Baena y Rivas Mijares, para evitar de ese modo la suposición de que el diario está pretendiendo difundir a capricho arbitrarias concepciones igualitaristas. O sea de igualación.

La igualdad fue la bandera más agitada por la Revolución Francesa para estimular el resentimiento social que en su época de mayores desproporciones cayó en la igualación, al punto de que Felipe de Orleans, de la nobleza, se auto enchapó "Felipe Igualdad" y lo hizo con tanta furia que su voto contribuyó a enviar a su primo Luis XVI a la guillotina y luego a él mismo este perverso artefacto, para calmarle los ardores, le cortó la cabeza. El populacho, con su sangre latina, en ese entonces dice de manera sarcástica que la virtud esencial de la guillotina es que a los nobles los iguala con los plebeyos al dejarlos descabezados. La guillotina no hacía preguntas. Hizo un trabajo de barbería profunda. Por nada le preocupaba el origen social del afeitado. Ella representa, con toda la tenebrosidad de su oficio, el espíritu de aquella Revolución. En tanto, la Revolución Norteamericana, con sus leyes envueltas en reposada flema inglesa, no buscaba ese tipo de igualdad social sino de establecer

que todos los ciudadanos tuvieran el privilegio de ser iguales ante la ley. No es menuda la diferencia. No estaba signada por el espíritu de una *vendetta*.

En nuestro caso la idea de “igualación” más que la de igualdad fue tal vez la más poderosa fuerza estimulante de las agitaciones independentistas. Mucho se utilizó para colocarle un fusil en el hombro al pendejo del pueblo. El negro esclavo tenía encaramada encima una caravana social que comenzaba con los libertos y proseguía con los pardos, los isleños canarios, los blancos de orilla, los blancos criollos y por supuesto a los blancos llegados de España en estuche. De allí que los expertos agitadores enviados presos a La Guaira desde allá, como resultado de las convulsiones internas que culminaron en la Conspiración de San Blas, entre ellos Picornell, Sebastián Andrés, difunden *La Carmañola*, canción agitadora de calles de la cual es hija la criolla Carmañola Americana, evaden la palabra igualdad, oferta temida por los mantuanos que anhelan la Independencia siempre que ésta no llegase al extremo de ser una revolución social y concluyese por voltearles al revés el placentero *estatus*. Tampoco es que eran pendejos. Los crispaba la sombra de la guillotina. Fue la nuestra una revolución menos emocional, dirigida por los cultos mantuanos, en cierto modo inspirada por el humanismo, lo cual en algo valió, a la verdad, para contrarrestar la parte salvaje de la Revolución Francesa.

El movimiento revolucionario nuestro lo dirigen los mantuanos con el criterio de una naciente burguesía inspirada en el Siglo de las Luces. Con Montesquieu y no con Robespierre, aunque sí aparecerá insinuada la igualdad, explosivo mayor, y, digo, es inevitable, y con algo del sentido de igualación, por constituir la doble dosis indispensable que habría de administrársele al pueblo de los bajos estratos para impulsarlo a la pelea. Eso de libertad y fraternidad resultaban abstracciones académicas. Perfume. Esclavos y libertos, con esa desatada intención populista sembrada en ellos, personas de escasa cultura y debido a esa limitación sin el suficiente criterio, interpretarían que se trataba de que ellos quedarían nivelados a la condición de autorizados a trensarse a bailar joropo continuo en la Plaza Mayor, al menos, con la encopetada esposa del Marqués del Toro ¡y repítame ese mismo golpe de arpa y maracas! ¡Y ulpia Dolores! Y vengan los otros tragos de guarapita. Y ¿cómo la ves mi Marquesa?

Por su parte, la copla canta:

¡Que bailen los sin camisa y viva el son del cañón!

Entendamos por lo dicho la diferencia entre la *igualación* que ejercida por cuenta propia el *igualado* que se cree, sin más, con derecho a echarse una parranda de joropos y guarachas con la Marquesa del Toro, y la igualdad ante la ley, consagrada como una suprema conquista del humanismo. La *igualación*, debido a su artificialidad, continúa siendo ingrediente vital para los vivarachos que aprovechan el distorsionador populismo. Eso está sembrado, debido a esas raíces socio históricas, y más de lo que uno piensa, en el alma del venezolano. En Guillermo Morón encontramos este punto sintetizado de una manera que viene a ser, conforme a nuestro acontecer nacional, como si echásemos miradas confusas hacia atrás, hacia el presente y turbias hacia el futuro:

“La igualación, según la cual un analfabeto podía aspirar a dirigir la cosa pública y a regular la justicia.”¹³

Mayor audacia, diría yo, y sin que ello signifique intentar enmendarle a tan disinguido historiador la plana, muestran los semianalfabetos, entre cuyas limitaciones mentales está creerse cultos en grado suficiente para gobernar una nación. Y permitirlo viene a ser como darle una navaja de afeitar a un mono de los nuestros, más subdesarrollados aún que los africanos. Hemos visto situaciones que le llegan cerca. Manes del populismo. Lo primero que en estos tiempos hace un político para llegarle al voto es dejar la corbata en su casa. Descubrieron los populistas que pueblo masa y corbata no hacen liga. Psicología mañosamente inyectada. La corbata crea una trinchera. Y el pueblo masa es mayoría. Si el volumen de votos estuviera en el sector burgués, el populista de modo automático aparecería como burguesista. Cuestión de número.

Los votos, pues, están en ese pueblo que no ha podido alcanzar al *status* de la corbata. Equivale al “sin camisa” de la *Carmañola*. Si la corbata es el signo icónico que revela triunfo social, pues la no corbata del

13. GUILLEMO MORÓN. *Historia de Venezuela*. Tomo V. La Nacionalidad. Caracas. Italgráfica Impresores. 1971. p. 285.

populismo es la bandera triunfadora de quienes distorsionan lo genuino y noble popular, porque allí están los votos que constituyen mayoría.

Tan profundas y distorsionadas llegaron a ser las incorporadas significaciones diferenciales, traídas por el prejuicio racial, que en La Guaira, y esto lo refiere Casto Fulgencio López, quien lo toma de un expediente oficial de la época, que en los días de Gual y España un negro liberto fue enjuiciado por un comerciante a quien le alegó en medio de una violenta disputa:

“¡Ahora todos somos blancos!”.

No es asunto de simple frivolidad. Reputados pensadores meditan en torno a ese intrincado nudo social establecido por voluntad de Dios (¿será?) en el orden de la vida humana. Penetrar en esas honduras ha constituido preocupación para los más altos humanistas. En el siglo XVI Erasmo, al tratar el asunto de la servidumbre, concluirá en que ésta, debido a los desniveles entre uno y otro humano, constituye una creación social contraria en todo a las leyes de la naturaleza y sus legítimas igualdades. No confundir. Hay niveles hasta en la divinas alturas que enredan a quienes tomen a la ligera esas normas, por caso, que lo mismo rigen el habla en asuntos humanos. Absurdo es tratar a Dios, Nuestro Señor, de usted; y debido a ello, conforme a lo dicho, lo divinizamos con el “Tú”. Al rey se le dice “tú, Majestad”. El atarantado Tirano Aguirre se dirige al Rey, en supuesta carta, para elevarle un ruego: “-*Sólo deseo, Majestad, poner las nalgas donde tú pones las tuyas*”. En otra versión la referencia anatómica resulta más cruda, pues con el “tú” tiene sonido de pasable travesura; en cambio, ¿no es abierta insolencia colocarlo de este modo?: “-*Sólo deseo, Majestad, poner las nalgas donde Usted pone las suyas.*”

Terreno listo para la cosecha encuentra el fidedelismo

Regresando a la cercana tierra, digamos que nuestra colectividad estuvo perturbada por el sacudimiento social traído por el avance del fidedelismo, sustentado en un nutriente real socio histórico: la miseria y el abandono en que los gobernantes traídos por nuestro fatalismo histórico, ineptos o desviados, que igual da, mantienen cerrados los ojos frente al

mal vivir del sector mayor de la población. Hacen política y no administración. Dentro de ese sistema parasitario, los viejos partidos asfixian a sus retoños. Los descalifican al pegarles la chapa de “cabezas calientes” y en tales condiciones las juventudes inquietas que van emergiendo no encuentran expansión normal a sus inquietudes, a sus romanticismos. Esa juventud está frente a una pared y busca los caminos anormales. Los viejos no tomarán el fusil para irse a la montaña. Incorporarse a la guerrilla es empresa juvenil. El guerrillero tiene ago de gimnasta. Hoy con un diferente romanticismo. Estos muchachos, como sí lo hacían aquellos que se fueron tras de Zamora, o El Agachao, no hablan de la patria, palabra en verdad gaseosa. Piensan, porque así lo dicen Marx y sus libritos rojos, en que hay proletarios explotados y capitalistas que los explotan apoyados por el imperialismo. Van dotados con otros lentes para mirar la vida desde aquí hasta el horizonte. Imposible a los viejos les resulta entender la circunstancia. Fatalismos de la biología. Oxidados. El guerrillero es, mental y físicamente, una entidad biológica. Con el sobrepeso del fusil y las cananas en ocasiones debe saltar por sobre barancos y quebradas. A su manera enfrenta el desafío político social.

Confrontando tal atmósfera de enfrentamiento social en todos los estratos, en el diario era preciso tomar precauciones mayores. Cuando son insertadas las primeras caricaturas de Zapata, -y esto me lo puntualiza el director Ramón J. Velásquez y lo reconstruyo con palabras suyas y mías-, caricaturas, digo, donde al aparecer personajes con chalecos y leontinas de oro junto a damas con trajes primorosos y manos con grandes anillos diamantinos de distinción, en algún sector se considera que es un contrastar de hecho a burgueses prósperos de clases ostentosas que comen pollos completos y chuletas ahumadas, con el sector de los pelados que se alimentan con eso que en el lenguaje de los estudiantes universitarios es “comida chatarra.” Entonces la empresa, que se defiende ante los acosos, desea saber directamente si ese caricaturista Zapata es comunista. La sociología política de sobremesa no halla otra explicación y el caso es que el boicot de la Organización Latinoamericana Anticomunista, OLA, no ha concluido; sólo está, digámoslo para entrar en la propia atmósfera del boicot nacional con algo de energía yanqui, en *stand by*, tras de la puerta. Ocurren situaciones en las cuales la empresa se crispa pues “al que le pica culebra vejuco le para el pelo”. Velásquez comenta, y ello alumbra la idea de que tales subjetividades provocan prevenciones envueltas en infundados prejuicios y visiones esperpénticas:

Resulta singular que en medio de ese vaivén, el embajador de Estados Unidos Maurice M. Berbaum invitó al brindis tradicional con que es conmemorado en la sede de la embajada, el "4 de Julio", fecha que marca la Independencia norteamericana. Resulta que este señor embajador es coleccionista de caricaturas, y en ese orden le preguntó a Viso Pittaluga que cómo haría él para obtener una o dos caricaturas originales de esos "Zapatazos. Comprometido con ese acto de cortesía, Viso, a la mañana siguiente, le hace en el diario la ofrecida gestión. Es más, creo que a Zapata le fue subida la compensación económica por su trabajo.¹⁴

De ese modo, y cubriéndole numerosas ausencias que yo voy llenando con fotografías y otros disimulos, Zapata prosigue carrera, para beneficio de *El Nacional* que, entiendo, ha sabido apreciarle su labor.

Haz lo necesario y dormirás profundo

En diversas ocasiones alguno de esos o esas a quienes, por su calidad, incluí entre los que allí escribían, se quejaron por algún retardo en las publicaciones. A mis espaldas llegaron al extremo, al menos dos de ellos, o ellas -sólo que la mujer, sea cual fuere, y lo digo sin ironía, tiene derecho, debido a su significación en la humanidad y en nuestras vidas propiamente, a que les perdone todo- de quejarse, digo, ante los directores del diario, como igual ante los integrantes de la directiva de la empresa, uno a uno mediante cartas, en demostración, los hombres, de poca masculinidad y evidentes no sanas intenciones. La paga del diablo.

Tengo algunas anécdotas respectivas. No viene al caso referirlas, pero de ellas concluyo en que, de aquéllos y aquéllas a quienes, en esos veintitantos años me correspondió darles ocasión para que se proyectaran en páginas que conceden prestigio como las de *El Nacional*, incluso a sabiendas de que algún director o propietario de la empresa no los tenían por amigos, y sí hasta por enemigos, hubo quienes me mostraron su decencia, y quienes, no entiendo porqué, esperaron mi salida para presentármese con caras cuadradas y resentimientos que habían disimulado a conveniencia. Uno de ellos vino a saludarme con desparpajo

14. Velásquez. Entrevista (cit.) Marlene Risk .

después de haberle escrito él a un director una carta en la cual ponía en duda algo que yo le había dicho, original que guardé hasta que su desagradable olor me obligó a expulsarla de mi biblioteca. Cría cuervos y te sacarán los ojos. No esperaba gratitudes ni hubo razón para ello. Cumplía yo con la premisa según la cual dirigir páginas de opinión es utilizar el criterio selectivo y, en el proceso de mejorarlas, descubrir y estimular a quien realmente avale. Hacerlo no era más que parte de mis obligaciones.

En cuestiones de agradecimientos me basta con cultivar los míos. Precisamente aquí, junto a la procesadora con que escribo estos apuntes, tengo colgada una pequeña cartulina que perteneció a la biblioteca de mi padre y en la cual va una oración escrita por el poeta inglés George Herbert en el siglo XVII, la cual pongo por encima de todos los credos, pues, para no pretender la irreverencia de desplazar al Señor, digo que lo referente a la gratitud debería estar, cuando menos, en el puesto del Segundo Mandamiento de los tallados en piedra que Moisés, entre truenos y relámpagos que aún permanecen destellando, y lo harán por siempre jamás, bajó del Monte Sinaí:

*Señor: Tú que nos has colmado de dádivas,
concédenos, misericordiosamente,
algo más... un corazón agradecido.*

Tal vez debido a ello el recuerdo de los directores bajo cuyo mando estuve y he presentado en este recuento en el cual hago de cronista, venga teñido por ese mandato. De mis lecturas infantiles traigo la elegante frase del personaje caballeroso de una novela de folletón, quien, al referirse a alguien respecto al cual esperaban que él criticara, les respondió:

*“No diré nada:
el peso del agradecimiento me hace enmudecer.”*

(IV)

Con la entrevista echarles fuera cuerpo y espíritu y circunstancias

Otro de los aciertos del director Velásquez viene a ser la creación de los *Foros*, entrevistas a página total. Estos de dos tipos: uno, la entrevista de “personalidad”, así denominada en el oficio, cuyo fin es eso: sacar a

la luz características personales del entrevistado. Digamos a “él y sus circunstancias”; y, otra, el *Foro* de encuesta, realizado en base a un tema trascendente de actualidad inmediata o intemporal, digamos un asunto histórico, de la salud, de la política, del arte. Los inicia Omar Pérez y me corresponde continuarlos por algún tiempo. Tengo presente los que hice a Oscar Palacios Herrera, Rodolfo Quintero, Ramón Escovar Salom, Carlos Eduardo Frías, Manuel Rafael Rivero, José Antonio Abreu, ordenado éste por el director Velásquez con estas palabras:

-Hagámosle un Foro a ese joven director que es un genio.

En el tintero me quedaron algunos personajes de edad y méritos, lo cual bien lamento, entre ellos el revolucionario Gustavo Machado, el contrarrevolucionario José Izquierdo, los botánicos Francisco Tamayo y Tobías Lasser, el explorador del lenguaje Angel Rosenblat, el historiógrafo Pedro Grasses, el buen ciudadano arzobispo Arias Blanco, y otros tantos de alta proyección. Con el tiempo los *Foros* fueron continuados, entre otros, por Pedro Francisco Lizardo, Alfredo Peña, Gilberto Alcalá. No aparecieron más. Cada director les dio importancia conforme a sus criterios personales. Por caso Arturo Uslar, en cada ocasión que le proponía el tema de los ferrocarriles, me lo rechazaba. Finalmente lo justificó:

-La inversión del país en carreteras ha sido inmensa.

En esto del poco entusiasmo por los ferrocarriles fue en lo único en su vida que, entiendo, coincidieron él y Rómulo Betancourt.

Los lectores: capital verdadero de una publicación

El premio “María Moors Cabot”, instituido por Columbia University, tiene dimensión consagratoria Como torear en Madrid o cantar en la Escala de Milán. Lo recibirá Ramón J. Velásquez en 1967 por su extensa cuanto sólida obra periodística. El diario ha pasado un tanto el trauma del boicot de la OLA, en los comienzos de los años 60, del cual ha podido salir porque, si lo abandonaron muchos anunciantes debido a la presión política, no así sus lectores al observar cómo mantenía la línea humanística y avanzaba en calidad de opinión e informativa. Y llevando por delante una demostración de coraje, cualidad siempre vista con respeto.

Al fin de cuentas el público es el que le da su visto bueno al producto. Es el realmente idóneo y definitivo control de calidad. Tan sencillo como eso. Cualquier publicación se viene abajo, y no importa el bombo con que aparezca, si los lectores le fallan. Ejemplo clásico de fidelidad será para el caso *El Nacional*. Fallan los anunciantes debido a factores eventuales, al punto de que en un momento dado su 100% de anuncios publicitarios desciende a un 10%; pero no sus lectores, verdadero capital de una publicación. Al diario le mantienen su respaldo. Y coloquemos aquí, en dos palabras, otro punto axiomático: sin lectores no hay publicidad. En el caso del diario este indispensable nutriente regresa pues, al no tratarse de preferencias amorosas ni del canto de los pajaritos que pían en los tejados, sino de negocios, los anunciantes ven que no pueden despreciar una tribuna tan esclarecida y leída y dirán (y aquí volvemos al cartelito de la fuente de soda puesto junto a la caja registradora por su dueño el recordado capitán Insúa):

“Primero mis clientes que mis parientes.”

Sin calidad nada es apetecible

La evidente calidad progresiva del diario se debe al equipo constituido por los directores y sus respectivos periodistas y articulistas de opinión que supieron crear campo a los nuevos lectores en ascenso e interpretarles sus gustos, al igual de esos toreros que apartan su natural soberbia y escuchan el murmurío de aceptación o de rechazo que brota de los tendidos durante la faena. Primero mis clientes que mis parientes. Y su cliente no es el toro. Sin olvidar tampoco, en esto de las circunstancias por las cuales atraviesa un diario, la geopolítica, jamás ausente, aunque sea como un aura simple, invisible. Ya para los capitalistas nacionales y transnacionales, especialmente los norteamericanos, Fidel Castro va quedando en ser un león de alfombra, un gato casero, y les conviene tenerlo allí como en un escenario donde a luz abierta permanezca mostrado el desastre de un sistema autocrático parapetado tras un mazacote supuestamente redentor, llamado revolucionario. Es criminal oponerse a las conquistas sociales del sector desposeído, pero siempre observando, no obstante, que han de ser logradas paso a paso, pues de otra manera es llevarlas montadas en el carretón de los fracasos y así sólo se contribuye a reforzar el avance de la reacción hacia un final en el que resulta ser un

sacrificio de seres humanos en holocausto a la gloria de algún caudillejo palabrero atorado por tenebrosas complejidades interiores.

Con el aplacamiento de la insurgencia baja la presión de los aterrorizados propietarios; no obstante, concluyamos en que, a final de cuentas, es el buen producto a la vista lo que le permite sacudirse el boicot, reflorcer y salir de tan escabroso trance. Cuestión entonces de avanzar con el entusiasmo del capitán del barco que se coloca las manos a modo de visera y a sus marinos les dice con alegría venturosa: ¡Adelante! ¡Mar abierto, Norte franco!.

Adelante a ritmo de modernidad

Cuando en 1979 Velásquez asume de nuevo la Dirección, para un segundo periodo, esta vez de dos años, está comenzando la entrada de *El Nacional* en la era electrónica:

*las pantallas chicas -dice a Marlene Ritz- formaban un nuevo paisaje y la viejaredacción había llegado a término (...)*¹⁵

En ocasiones la responsabilidad como director se le hace muy enojosa debido a las infundadas reclamaciones de los insatisfechos políticos que desean más y más espacio para proyectarse. Lo explica:

*Pero igual que en 1964 la polémica entre los partidos políticos no solamente acapara los más altos porcentajes de las informaciones sino que también creaba conflicto cuando los jefes de los diferentes grupos en que se dividía el partido de gobierno (Copei) y la oposición mayor (AD) volvían a pensar al menos por el término de un día que el periódico estaba a favor de éste o de aquél. La mejor prueba de que estos reclamos y acusaciones no tenían base es que al día siguiente quienes reclamaban eran los contrarios.*¹⁶

15. Idem.

16. Idem.

Ha sido esa una molestia crónica que los directores han enfrentado al amanecer. Cómo será de áspero este tropiezo matutino que Velásquez, persona de fino trato, publica una mancheta editorial, seca, en la cual opina sin curvas ni caramelos.

“Cuando alguno de los líderes no aparece en la primera página asegura que el periódico está al servicio de su enemigo.”¹⁷

De casta le viene al galgo

A no dudar el apego a las letras le viene a Ramón J. Velásquez por la vía de sus progenitores, don Ramón Velásquez y su esposa doña Regina Mujica, educadores ambos y ligados al periodismo en San Cristóbal, él como director del *Diario Católico*, y ella directora de la revista *ALBA*. Tan entrañablemente unido a su espíritu lo ha tenido su padre, que le traslada su propio nombre y así será igual: Ramón Velásquez. Este ilustrado padre ha publicado *El Recuerdo de los Días*, páginas en las cuales encontramos que tal vez del nombre de su padre, Juan Jacobo, le llegan al nieto Ramón J. las inquietudes del historiador ligado a la sensibilidad social que al orbe trajeron las lejanas fulguraciones del Siglo de las Luces. Es una vida girando en torno a las virtudes de la educación y de las letras. En la escritura de Velásquez padre se observa un regusto por las palabras, ese contenido y ese sonido propios que ellas conservan en su esencia y sin lo cual no hay buena prosa y menos buena poesía. Ello podría venirle como influencia de literatos colombianos a los cuales, nos atrevemos a dar por seguro, leía. Pensando en esos tiempos, vale suponer que podrían ser los entonces hermanos Lozano y Lozano, los igual hermanos Caballero Calderón, Germán Arciniegas, Luis Tejada, o los poetas Guillermo Valencia, Porfirio Barba Jacob, Eduardo Carranza y tantos más que a las letras les descubrían armonías escondidas y misterios del habla.

Por ser distinguido educador, a don Ramón Velásquez se le selecciona entre los profesores iniciales del Instituto Pedagógico Nacional, cuando éste es fundado en Caracas el año 1936, por el gobierno del Gral. Eleazar López Contreras. Y eso no será una pequeña distinción, pues este centro

17. Idem.

es “el padre de la educación científica del país”, a juicio del doctor Elio Gómez Grillo, uno de sus ilustres egresados. En ese desempeño el profesor Velásquez va en compañía de los igualmente notorios educadores Alberto Arvelo Torrealba, Humberto Cuenca, Humberto García Arocha, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Federico Milá de la Roca, Luis Beltrán Guerrero.¹⁸

Bajo ese tipo de influencia rectoral de sus padres Ramón J. es un niño atípico que su tiempo de perinolas y papagayos mejor lo utiliza en echarse buenas lecturas universales y de escritores venezolanos y de los finos escritores españoles o latinoamericanos de prosapia. De sus días infantiles, un intelectual de ese San Cristóbal de la época, Oscar Henríquez Chalbaud, a quien tuvimos muy cerca en *El Nacional* con sus escritos de extrema izquierda, me refiere que Don Ramón Velásquez había fundado una librería y que en una ocasión él, al preguntar por algunos libros, el pequeño Ramón J. le salió adelante:

-Serán de aquellos otros, porque los que están aquí - le dice a tiempo de mostrarle una gran caja rebosada-, son para yo leerlos.

Sensato es pensar que no todo lo hará el destino

Algo hace suponer que su padre cumplió aquello dicho por Cervantes: “permite que tu hijo camine por donde su estrella le llama”. Y así el niño, bajo la influencia de ese padre, ha debido beber en la fuente de la Historia, de modo que sus inclinaciones hacia una concepción política enmarcada en el humanismo, es decir que entrañe sensibilidad social, tiene un sustrato de esa sabiduría y de ese agregado traído por los años. Su temprano frecuentar los libros hogareños y conocer no sólo su importancia recreativa sino lo indispensable que son ellos para la propagación de la cultura, han debido generar en él, además, una inclinación de editor que a la par de su afecto a la tierra que le vio nacer y vivir con sus padres, a buen seguro le inspirarían la idea de fundar la Biblioteca de *Temas y Autores Tachirenses* (1961) que llegó a los 178 títulos, cuando los nuevos inquilinos del magno

18. ELIO GÓMEZ GRILLO. *En los Cincuenta Años del Instituto Pedagógico de Caracas*. Discurso de Orden en el Acto Académico de Celebración del Quincuagésimo Aniversario del Instituto Pedagógico de Caracas. Casa de Bello. Caracas, septiembre, 1988.

Congreso, le disminuyen la majestad a ese recinto al calificarla como “publicaciones elitescas”. A veces, por algún lado, se asoma el arrabal. De ese modo, con ese tan profundo descubrimiento de la sociología del populismo, el Táchira tendrá que esperar para que a sus nativos les sea repuesta la gracia de saber quién es quién dentro de la historia regional.

Dispongo de algunos de esos libros en mi biblioteca donde, precisamente al escribir estas líneas, tengo cerca uno, autobiográfico, del doctor Tulio Chiossone, de importancia singular porque con todos sus corajes el escritor le coloca el desparpajado título “*Memorias de un reaccionario*”, valeroso desafío a quienes han hecho de ese adjetivo uno de los principales instrumentos de chantaje político, y suponen la vez que se echan perfume cuando se auto denominan izquierdistas. O, asumiendo mayor descaro, se hacen llamar “revolucionarios”, con lo cual demuestran que si no es para echarle mano al fusil, y sólo es para colocarse tal enchapado, pues tienen también los corajes bien puestos. Resulta un descaro ese auto titularse revolucionarios; es decir dentro de la ciudadanía ellos vienen a ser *cordón blue*, cuando a la verdad navegan con cualquier gobierno, así sea en el propio río Guaire. Lo hicieron. Y lo harán sin recato. Con velas desplegadas. Basta ver las muchas caras repetidas de quienes ayer fueron de algún cambote mal llamado partido y después, inconveniencia, destellan dentro de otros nuevos bucaneros.

Godos muy godos hay pero menos de lo que se dice

El valor inestimable de esas colecciones civilizadoras está en haber abierto a todos los venezolanos el abanico de conocimientos trascendentes que contribuyen a precisarnos en cuál sitio estamos parados. A dejar de ser turulatos. Admitamos, por lo dicho, que en ese camino civilizador, sin la guía de los mantuanos no se habría logrado la Independencia por ellos planificada y llevada a término con el sacrificio de sus vidas y sus fortunas, porque sólo ellos tenían la capacitación cultural para captar ideas y dirigir tal empresa traída por nuevos tiempos; sin el conservador Eleazar López Contreras, gran estadista no obstante sus fallas, habría sido más dificultosa la transición de la autocracia de Castro y Gómez; sin conservadores, reaccionarios, godos o como los quieran llamar, no tendríamos esas industrias que hacen brotar la riqueza de la tierra y de hecho son los creadores de empleos, lo más importante para la sociedad

humana no selvática, sino, cuando más, tristes conuqueros de yuca y plátanos, que dentro de ese misérrimo sistema económico de subsistencia poco le sirven a sus prójimos y a ellos mismos. Enfrentemos con sinceridad y energía los excesos de esa derecha, ni pocos ni leves, pero ante los presuntamente críticos, por lo general sólo aprovechones, coloquemos aquel rústico decir preventivo:

...¡Ni tan calvo ni con dos pelucas!

Hablemos de prójimos, todos afectados por la vida en cualquier estrato, y no de clases, que eso podría contener pérfidas connotaciones.

Igual a ese de los guerreros un panteón para el meritorio creador de empleos

Al desplomarse la dictadura del Gral. Pérez Jiménez, el doctor Ramón J. Velásquez preside la Directiva de Pro Venezuela, una organización creada por Alejandro Hernández, empresario de éxito que vio posible enraizar aquí, en el país, un nivel de conciencia que nos impulse a fabricar bienes bienes que se traen del exterior. Digamos desarrollar lo nuestro, sin lo cual sólo estamos, como el bobo del yuca, contribuyendo pendejamente al desarrollo de otros países. Claridad de la calle y oscuridad de la casa.

Debido a la ignorancia que crea los más descomunales prejuicios colectivos, regados éstos de manera intencionada y a conveniencia por los politiqueros que trajinan en las ramazones del populismo, la humanidad no le ha concedido el merecido sitio a los empresarios, esos reales fabricantes de progreso que son tal vez los únicos que merecen ese denominativo porque fueron ellos quienes realmente sacaron al ser humano de la selva. Pudo haber sido el que ideó acumular leña y canjearla en trueque a sus prójimos. Eso de que algunos resulten ser estranguladores de obreros, ya es otra cosa. Corresponden al terreno delictivo. Cuestión de mejorar y hasta crear leyes para llevarlos a prisión. Hay manzanas buenas, pero las hay también podridas. Eso de la plusvalía retenida es cierto, pero igual viene a ser que sin ese requisito, y en este punto nos dirigimos al estudioso Carlos Marx, y a los varios de quienes él se copió ideas como la de la plusvalía para crear su pesado e infuncional bojote

materialista, no se habría tenido capital acumulado y sin capital acumulado estaría la humanidad en la edad de piedra y comiendo, si acaso, yuca y plátanos. Y piojosa. No dispondría, digamos por caso, de esos insecticidas cuya investigación, para descubrirlos y crearlos, sólo es posible realizarla en costosísimos laboratorios con apoyo de multimillonarias inversiones y someidos a los pelados yerbateros del pasote y las cataplasmas de mastranto. La realidad es una cosa; el sueño es otra.

Abundando en el tema, valga esta referencia de Carlos Castilla del Pino:

“Pues, entonces, deben saber que Marx escribió El Capital porque Engels le mandaba un giro cada mes. ¿Saben ustedes de dónde salía el dinero, no? De la fábrica del padre de Engels, de la explotación de obreros, claro. Pero a Marx no le producía escrúpulos porque, acertadamente, lo que le interesaba era escribir El Capital. Era más importante su obra que morir de hambre. ¿Son ustedes más marxistas que Marx?”¹⁹

Apartemos en nuestra circunstancia los perturbadores prejuicios para darle paso a una nueva institución consagrante, de alto nivel, como tantas existen, y guardando las diferencias en cada caso, academias de la Historia, o de la Lengua, o de Ciencias; una institución, digo, que mediante rigurosa selección se haga reconocimiento público y permanente, sin reticencias, a los creadores de empleos, esos genuinos forjadores de pueblos que son los industriales del agro y de la forja. Los hombres de espada tienen sus méritos. Son diferentes. El arraigo lo traerá el creador de empleos. Este es un nada un común tipo humano porque nace dotado con la capacidad de promotor. Igual que el poeta nace y no se hace. Un personaje que cree en el porvenir y no le asusta el pasado ni le arredran las dificultades del presente. Aquí, debido a los escasos políticos responsables, tenemos politiqueros hasta en las matas del cambural, donde cuelgan como mangos en cosecha, pero sobrarían dedos si sumáramos con las manos a los pioneros industriales, generadores de puestos de trabajo. Primero que a Cristóbal Colón, quien venía viendo lo que suponía

19. CASTILLA DEL PINO. (en) Ana María Moix. “24 x 24” (Entrevistas) Ediciones Península. Barcelona. España. 1972. p. 229.

paraísos terrenales y preocupado por cómo hallar perlas y oro -sin tener que echarle mano al pico y a la pala-, para enviarle presentes inmediatos a los Reyes Católicos, elogiemos con mayor entusiasmo a esos rústicos improvisados como marineros que por entre aquellas tupidas arboledas intentaban ver desde el barco dónde sembrar unos repollos y vender la cosecha en un azafate, que ya con eso es un productor, negociador, consumidor, unidad completa, esencial contra la miseria y ventana única para que pueda entrar la prosperidad. No hay, ni hubo, en el universo mundo, vía diferente.

En ese orden deberíamos honrar en ese panteón a los misioneros capuchinos que junto con sus otros aportes de nuevas culturas invalorable, humanadas, igual en esos remotos tiempos coloniales plantaron una pequeña forja en Guayana y con esa mínima luz alumbraron el camino a la industrialización del hierro. Algunos de ellos, en un instante del turbulento paso de la monarquía a la república, fueron muertos a machete o fusilados. Es la patria agradecida.

Los primeros cronistas captaron la fertilidad del suelo y dejaron ver que la real riqueza no está en las perla ni en la minería sino en el suelo. Ese punto de vista universal sería el de los fisiócratas. En siglos posteriores aquí lo asume, y repite con empeño, Tomas Lander, hacendado y político. Luce solitario en esa prédica. Ese templo, Panteón al Hombre Util, debe ser, por supuesto, una institución sacralizada, donde sólo quepan los creadores de empleos.

Desafiemos los prejuicios. Que se haga con ello un reconocimiento individualizado, aunque imaginario, al yerbatero que inventó el "*Amargo de Angostura*", primera campanada de nuestra industria, y a quienes tomaron las burdas pepas de cacao y crearon las primitivas fábricas de chocolate, y a Mattew Gallanger y Jaime Lamb que en los inestables días en que comienza el derrumbe del sistema colonial se vienen aventurando con su imprenta desde Trinidad y hacen posible la irradiación de luces aprovechadas, entre otros beneficios trascendentes, por los fundadores de la República; y que allí, en esa gran casa tengan sitio el legendario Helidoro González P. creador del espirituoso ponche, y Eugenio Mendoza fundador de fábricas e instalador de la ejemplar Fundación con la cual siembra la lección de que parte del dinero producido por los negocios igual debe ser invertido en instituciones benéficas; y a William H. Phelps,

quien con la Broadcasting Caracas, hoy Radio Caracas, constituye, en 1930, la primera emisora de radio comercial fundada en Venezuela, e igual sean reconocidos los esfuerzos de su hijo William Pehlps Jr., que bajo inspiración suya motorizará la trascendente emisora de televisión Radio Caracas Tv, la segunda surgida en el país después de TeleVen. William H. Pheps Jr., con su esposa Katty Phelps, ponen a caminar esa magna institución que es la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales.

En ese Panteón de la Gente Util no podrían faltar Lorenzo Alejandro Mendoza Fleury como también Alfonso Rivas que tanto contribuyeron y prosiguen haciéndolo a través de sus descendientes mediante su arraigado ejemplo en el desarrollo moderno del agro, desde cuando vieron en la dorada mazorca del maíz el mensaje de nutrición descubierto y transformado en arepa por nuestros primitivos aborígenes; y concedamos ese rango de bienhechor al acertado Alejandro Hernández que pensó y actuó en hacer del venezolano un productor y no sólo un resignado consumidor de lo que se trae fabricado en el extranjero y que por allá sea donde germinen los empleos; y a Gustavo Follmer, a Gustavo Zing, a Gerardo Patrullo que trajo semillas para que de ese modo no nos quedáramos de por vida comiendo yuca, que es poco más o menos que comer papel de periódico.

No cerremos aquí estas referencias a venezolanos de excepción, pues aun queda por mencionar. entre otros tantos importantes creadores de empleos, al ingeniero Ricardo Zuloaga Tovar, quien va a Europa donde estudia la conducción de electricidad a distancia, y al regresar se interna de nuevo por la maraña de quebradas y árboles, en desafío al monte y las culebras, para traer desde de El Encantado, más allá de Petare en la vía El Tuy, la energía eléctrica indispensable que sustituyere en Caracas al deficiente alumbrado de gas no sólo en las oscuras casas sino igual en esas tenebrosas calles donde mandan entonces los espantos de *La Sallona* y el *Carretón del Diablo*, y mover la naciente industria de una capital que estaba estrangulada por falta de expansión. Crea el ingeniero Zuloaga la Compañía Electricidad de Caracas, esa misma que hoy me permite utilizar la procesadora electrónica con que escribo estas páginas, la lámpara que para ello me ilumina y el aire atemperado con que contrarresto las habituales jornadas de calor o de frío. Y cocinar el diario sancocho.

No son muchos los que merecen estar en ese Panteón. Sus obras dan la cara por ellos. ¿Se nos podría quedar afuera el apellido Branger ligado a telares que tantos trabajadores utilizan? Allí está Antonio Julio Branger, que convirtió inmensas exctensiones de rastrojos y chiribitales en un emporio de pastos y ganaderías, caudalosos manantiales de leche y carne y reservorio de plantas y animales silvestres.

En el mismo orden nacional deben hallarse en ese Pateón destinado a honrar al creador de empleos, Manuel Antonio Pulido y Pedro Rafael Rincones, los dos empeñosos ciudadanos que al fundar la industria Petrolia del Tachira, en 1883, hicieron posible que el kerosene y sus lámparas alumbraran las casas, los hospitales, como también los caminos nocturnos para que fuesen librados de asaltantes, y hubiese bitume para calafatear botes de pesca. Ellos dejaron sentado así, de hecho, que ese menospreciado pegote negro no es precisamente para denominarlo, conforme lo harían los nativos en el verso de Juan de Castellanos, “el excremento del diablo”, que por el contrario representaba el verdadero oro de América, tal se dijo cuando a cambio comenzaron a llegar el sonoro y concreto dinero para adquirirlo, y no ese inconsistente fantasmón, el Dorado, que los conquistadores buscaban arriegándose a perecer en la selva o en los ríos donde se hallaban los bien dentados caimanes. El Dorado era leyenda; no lo eran los caimanes.

Igual, y por las mismas razones, en ese recinto se le debe dar asiento eterno a los fundadores de diarios y demás instituciones de la comunicación, algunos de los cuales, cumpliendo esa misión de desborricar al país, han acabado en la ruina total; y que, innecesario es mencionarlo, en ese honorable recinto deben estar igualmente los precursores de universidades, de ateneos, de bibliotecas, de colegios, en cuyo centro es justicia colocar a don Feliciano Montenegro y Colón, aquel singular personaje caraqueño que se va del país como realista en armas, pues a serlo tenía derecho, y convencido por las luces del siglo regresa con mentalidad de firme republicano, esta vez armado con pluma y papel, a fundar el más trascendente, por pionero en su dimensión, de los colegios que hemos tenido. Tanto, que aún en aquellos tiempos tan aguerridos y envenenados, el presdidente José Antonio Páez lo protege y le concede ayuda financiera para que instale su plantel, en tanto los demás republicanos le envían hijos para que se los eduque. Sin reticencias.

A la puerta de ese ámbito arquitectónico, Panteón de la Gente Util, ha de estar el barón de Humboldt; el llanero calabocño Carlos del Pozo, que encendió la primera chispa en dirección a nuestra ciencia aplicada; Juan Manuel Cajigal, quien aprovechando la palabra nos orientó hacia la importancia de conocer la ciencia de los números y con su rudimentario telescopio nos mostró el eterno milagro chispeante que es el Cosmos. Y allí, por aporte de la Academia de la Historia, mantener publicaciones destinadas a divulgar cómo fueron y qué hicieron estos tan fundamentalmente útiles ciudadanos. Cuando se nos habla de esos gobernantes que se remacharon para disfrutar de tan largos períodos en el poder, debemos preguntar en torno a cada uno de ellos: ¿cuántos empleos creó?, ¿cuántos empleos logró conservar?, ¿cuántos, debido a sus irresponsabilidades destruyó? Cuestión primero, por supuesto, de evaluar las circunstancias en que se desarrolló cada mandato. ¿A Vargas qué se le podría exigir? Bolívar confiesa su propia circunstancia:

“Yo no he podido hacer ni bien ni mal.”

Hemos dejado perder en el viento aquel oportuno clamor de Cecilio Acosta que viene remontando desde hace siglo y medio, y el cual, interpretado en su profundidad, nos hizo ver que en el nivel de todos los humanismos está el humanismo del taller. A ello vale recordar que Don Cecilio conocía bien esos paños, pues antes de todo era un humanista esencial. Este criterio lo documenta su propia obra. El se arriesgó a ser calificado de campesino ignorante al manifestar que debía ir el taller antes que la gramática. Si la gramática es ciencia, digo, ¿no lo es acaso la mecánica, ciencia aplicada, en acción?. Si damos un vistazo por el mundo desarrollado, conocido como el Primer Mundo, vemos que los pioneros en darle riqueza vienen a ser los aprieta tuercas como en sus comienzos fue Henry Ford.

A quien tuviere oídos los papeles le hablan claro

Necesario será ver qué hay, en verdad, tras las etiquetas elaboradas por el populismo, charcutería política, negación de lo auténtico popular, y el por qué su perversidad está en torcer, y enviar al despenadero, el buen rumbo de los pueblos. De bastante, para esa clarificación indispensable, puede servir la colección *El pensamiento Político Venezolano en el*

Siglo XIX, de 15 tomos, creada por Ramón J. Velásquez, en los cuales resurge la historia vivencial de los más destacados personajes públicos de su siglo, mezcla de santos y demagogos. Digamos Cecilio Acosta, que representa la concentración de una sabiduría pacífica firmemente sostenida frente a las oscuridades de nuestra ignorancia; Fermín Toro, la concepción globalizada de que la decencia y la altura de miras han de ser las guías de la vida nacional, pues el pueblo no debe bajar hacia la chancleta sino ascender hacia el zapato; Tomás Lander, quien, con los pies en la tierra debido a su condición de hacendado agricultor y estar ideológicamente con los fisiócratas, predicó que la agricultura y no la minería y sus transitorios alucinamientos, es la riqueza estable; Antonio Leocadio Guzmán, cuyo populismo mala mañoso de por sí ya indica la vía que debemos evadir; Pedro José Rojas, representante del exagerado empecinamiento godo; Juan Vicente González, un talento que habría podido servir para una causa noble; Antonio Guzmán Blanco, inclasificable figura creada por un país atarantado debido al subdesarrollo físico y en consecuencia cultural.

Desinflamos el globo. Regresemos a la tierra. Están allí, en esos textos, conservadores y liberales que llenaron con sus nombres, aciertos y fallas, toda la estremecida centuria. Es un amplio caudal de documentación idónea, ordenada, que te permite llegar a conclusiones en cuanto, por caso, que la Guerra Federal sólo fue una horremda matazón, si bien que debido a su inmenso sacudimiento social trajo, sin que se lo propusieran sus gestores por supuesto, el voto para que lo ejerciera inclusive quien no tuviere bienes de fortuna, que por ello estaba segregado y no era un ciudadano total, y el decreto de liberación de los esclavos, el año 54, conforme a las acciones propulsadas por Bolívar desde el 16. A la Guerra Federal también se le atribuye haber ampliado aún más el sentido igualitario del venezolano común, dentro, por supuesto, de las necesarias limitaciones. De modo que en principio, y es lo claro, esa larga jornada de empeñosa destrucción y sangre no tuvo las reivindicadoras intenciones humanísticas que se le atribuye. A la verdad fue una matazón emprendida por los liberales para reconquistar el poder que le habían despilfarrado los ambiciosos hermanos José Tadeo y José Gregorio Monagas, debido a lo cual estaba entonces en manos de los adversarios conservadores.

El estudio de estos textos publicados de manera orgánica bajo la rectoría de Ramón J. Velásquez, contribuyen a convencernos de que los

integrantes del bando conservador fueron socialmente un tanto menos reaccionarios que los liberales, también macoya de terratenientes; de que los cuñados Falcón y Zamora no eran la representación rediviva de Robin Hood, sino que, en los mismos afanes de ese populismo a conveniencia, y está documentado que esta pareja de terratenientes ofrecían generosamente a los pobres las tierras siempre que fueran ajenas y ni un milímetro les dieron de las propias que cada cual avaramente poseía, muchas y de sobra, en la región de Coro y en otros ámbitos nacionales. En fin, que se pretendió presentar como una lucha entre ideologías lo que solo fue un mezquino enfrentamiento político.

Veamos en esos textos que si hubo muchas gentes de buena fe luchando entre los liberales, recordemos a la par que sus ideólogos Antonio Leocadio Guzmán y Tomás Lander, obligados por su personal situación contradictoria de ser liberales y terratenientes, combatieron en la prensa contra la emancipación de los esclavos cuando ésta comenzó a sonar pocos años antes de la Guerra Federal. Zamora se inicia como conservador persiguiendo los primeros brotes de liberales armados en las montañas de Aragua y al ser apresado dice al juez, y así constaría en el expediente, que él está “*defendiendo la Constitución del año 30*”. Y ésta es la del jefe de los conservadores, José Antonio Páez. Después daría la voltereta. “*Lo escrito - recordemos la Palabra Santa-, escrito está.*”

La edición del Pensamiento Político Venezolano en el siglo XIX es continuada por Velásquez con *El Pensamiento Político de Venezuela en el Siglo XX*, obra que al comenzar a escribir estas líneas va por el Tomo 60. Por supuesto, ese inmenso material a publicar proviene de diversas fuentes acreditadas, en lo cual colaboran notorios especialistas en sus diferentes áreas, digamos los académicos Pedro Grasses, Manuel Pérez Vila. Antes ha publicado los nueve volúmenes de la *Venezuela Peregrina*, en cuyos tomos presenta figuras olvidadas las cuales, por sus vidas directamente útiles, el país debe recordarlos de manera permanente, tales el Marqués de Rojas o César Zumeta o De Nogales Méndez.

Entre sus creaciones de ese orden, y que son de inestimable utilidad para el estudio de cómo se manejó el Estado en nuestro país, está el *Boletín Histórico de Miraflores*. Ello lo destaca la doctora Nora Bustamante al comentarnos la significación de estos originales, muchos de ellos amontonados desde los tiempos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez,

o desde antes, en un degredo de rincones, cajas y sacos en los zótanos del palacio de Miraflores. Ese Archivo contiene la correspondencia oficial de estos autócratas y de otros gobernantes con gentes de todo el país: funcionarios, personas necesitadas de ayuda y también pedigüeños, adalantes, chismosos, que todos valen a la hora de estudiar los misterios del mundo, del demonio y de la carne. Los biógrafos antiguos, y los más modernos Ludwig, Sweig, Maurois, han valorado la importancia insustituible, muy esencial, única, de la correspondencia cuando se trata de profundizar en el conocimiento de algún personaje. Concluimos: las biografías visten; las cartas desnudan.

Esa obra global que en las bibliotecas públicas y privadas permite ampliar el campo del conocimiento a estudiantes, historiadores y otros intelectuales, que trae al presente personajes olvidados y a la polilla se los arranca de su molienda destructora para que vivan y les abran luz a las generaciones presentes y a las que vendrán, tiene además otro alijo proveedor, por mano de Velásquez: la Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano (Funres). Esta institución busca y trae de diversos países, entre sus recaudos valiosos, las relaciones enviadas por los respectivos representantes diplomáticos desde tiempos de la Independencia y cuyo valor más apreciado está en que registran la visión de estos testigos excepcionales, dicho esto sin poner de lado sus obligadas parcializaciones pues estaban en el país para cumplir, primero con su respectiva nación. como cualquier diplomático, un objetivo no siempre coincidente con los intereses venezolanos. Caracciolo Parra Pérez, con su obra Mariño y las guerras civiles, había demostrado, y antes los clásicos Rafael María Baralt y Ramón Díaz, la indispensable importancia de tal tipo de documentos dispersados a través del mar, para que resulte posible entender de modo cabal ese pasado, casi del presente, no obstante la distorsión que en ocasiones algunos diplomáticos hicieron en los temas tratados por ellos en sus correspondencias oficiales, toda vez que virtualmente habían tomado bandera emocional en uno u otro bando. Cuadraron en las filas políticas como liberales o conservadores. Para el caso coloquemos este relato que bien abre campo a un estudio de la socio-historia, escrito por el agente diplomático de Su Majestad Católica en Caracas, Juan Antonio López de Ceballos, a quien por sus escritos no es difícil adivinarle dónde ha situado su trinchera:

Hace ya algún tiempo que los empleados de Monagas y los que bajo la pasada administración improvisaron colosales fortunas, descontentos del actual orden de cosas (...) conspiran abiertamente, pero ha subido a punto su osadía (...) que en la Provincia de Coro se ha levantado parte de la guarnición de algunos partidarios de los Generales Falcón y Zamora, hombres de baja extracción sostenidos por la negrería.²⁰

Someter a Juan Vicente Gómez a la consideración colectiva, personaje tan expuesto al desprecio público hasta por individuos que le deben favores y fortunas, no le habría resultado a Velásquez tarea sencilla. Fuera de su familia Juan Vicente Gómez, al parecer, no tuvo al morir más dolientes que Pedro Manuel Arcaya, quien con desafiante coraje dijo:

“Y no es que yo era; es que continuó siendo gomecista.”

Hubo enemigos de Gómez que se inventaron folletones de martirologio personal. Velásquez acometió la nada fácil tarea de presentar el alma compleja de Juan Vicente Gómez de la manera más real posible, a lo cual, y a no dudar, le ayudaría su conocimiento del oficio de historiador y el de periodista, fuentes proveedoras de materiales de primer orden para el apoyo de la historia escrita. Lo logró con talento, que le sobra, y personalidad firme, que no le falta. Ya antes había colaborado con el historiador norteamericano John Levín en una biografía del dictador. Para escribir en los niveles que alcanza su profunda obra interpretativa *Conversaciones imaginarias con Juan Vicente Gómez*, antes de todo hay que ser andino, y andino del Táchira, y Ramón J. Velásquez, nacido en San Juan de Colón, lo es, además, con un esencial apasionamiento telúrico; debe tener una visión sociológica de la historia, lo cual él bien ha demostrado.

El historiador que no tuviere ojo para la exploración en el campo de la vida, de lo social, se queda en poco más que en repetidor de nombres y fechas. Apenas podría llegar a ser un escritor de anécdotas y chismes agradables. Quien intentare realizar la obra biográfica de un personaje de tan singulares características telúricas como el general Juan Vicente

20. Boletín No. 1. Fundación para el Rescate del Acervo Documental de Venezuela. (FUNRES) Junio 1987. p.98.

Gómez, no disponiendo de los referidos atributos tan específicos, permanecería en la superficie. Un ejemplo ilustrativo es el “Bolívar” de Emil Ludwig, bella narración pero inconsistente, una excelente acuarela, pero con errores de información y distorsiones conceptuales localizados e indicados por especialistas venezolanos, no obstante ser el autor uno de los maestros universales de la biografía. Matices diferentes habría de tener, es obvio, un Simón Bolívar visto por quien jamás vivió en Venezuela, y por estas tierras calientes estuvo apenas unos cuantos días o semanas para reunir datos que redactaría en la nevada Suiza, que el Bolívar (y en manera específica me refiero a lo biográfico y no propiamente a su historia, que ya con ello estamos hablando de una dimensión distinta) un Bolívar diferente, digo, visto por alguien formado y vivido de modo sustancial en Venezuela y saturado con la atmósfera de Caracas. En artes del espíritu nada logra quien intenta realizarlo sin estar envuelto en la necesaria esencia telúrica. Pensemos en un Don Quijote escrito por un chino. Por algo Antón Chejov afirma: *“si quieres ser universal habla de tu aldea.”* Sólo así, digo por cuenta propia, el caldo podría llegar a consumé. Velásquez lleva consigo, consustanciado, el telurismo. Viendo José González González cómo a Velásquez le acudían los paisanos al despacho de *El Nacional*, muchos por amistad y alguno en solicitud de favores, me comentó:

–“Esto parece el aeropuerto de La fría.”

Siendo hombre de pluma, Ramón J. Velásquez hubiese ido contra sus propias voces interiores de no haber visto realizar la creación, mencionada, de la *“Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses”*, que publica bajo los auspicios del Congreso de la República, extenso trabajo de selección en el que pone a caminar asuntos y personajes, algunos ya desaparecidos en la soledad de las bibliotecas, donde él, Ramón J. Velásquez, deja sentir la comunión íntima como historiador y las vivencias de personas y nombres que ha venido escuchando en la casa paterna, en el colegio, en las calles de San Cristóbal, en su vida como hombre público. Allí están, (y por ser tantos los mencionamos al voleo, lo cual no descarta el mérito de otros), temas agrarios tratados en dimensión nacional por un realizador, Amenodoro Rangel Lamus; en asunto tan especializado como es la filología, vienen los conocimientos eruditos de Emilio Constantino Guerrero; en crónicas del pasado que es presente, Francisco Alvarado; en ventanas abiertas al combate político, Leonardo Ruiz Pineda; de eso

esencial que va en las profundidades más puras de los pueblos, el folklore, hablan los estudiosos Ramón y Rivera e Isabel Aretz; una minuciosidad especializada como es el registro bibliográfico que valoriza la palabra escrita por los tachirenses, la representa Horacio Cárdenas Becerra, mi recordado decano de de Humanidades en la Universidad Central de Venezuela; de Ramón Velásquez, padre, se tiene *El Azúcar de Mi Trapiche*, semblanzas de la tierra y de la gentes que él vio con ojos de cronista; de la energía social de estos nuevos tiempos da sus pinceladas Angel Ciro Guerrero; la captación regional con las acuarelas propias de los diferentes pueblos y aldeas de la región es mostrada por Pedro Pablo Paredes; una selección en el coro de quienes en América cantan las glorias de Bolívar es hecha por Manuel Felipe Rugeles, el de la tierna postal de auras infantiles que es *Canta Pirulero*; la idea generalizada de que al Táchira no habría llegado el ramalazo de la Federación, cuya mayor intensidad, cierto, se escenificó en el Centro, en Coro y en los Llanos, cambia un tanto si se lee a Francisco Betancourt.

Y algo tan evocador como el memorable Ferrocarril del Táchira cuya mención es para los andinos hierro, café y poesía en cargas de dorado café, y destello abierto hacia el horizonte, viene al presente con la controversia internacional que documenta Murguey Gutiérrez; en el ensayo de Ramón González Escorihuela, si alguien estima que las ideas anti imperialistas y socialistas de la crucial década del 1909 al 1920 apenas quedaron en determinados círculos del poder y de la política en las regiones del centro del país, debe leer las indispensables referencias respecto a El Táchira, y a ese punto, tan cargado de prejuicios, examinarle con ojo clínico los hechos como también las palabras de Cipriano Castro; igual van los médicos andinos vistos por José Humberto Ocariz; las raíces pobladoras de la región, están consignadas por Lucas Guillermo Castillo Lara; una antología de cómo cuadra en la historia Juan Vicente Gómez encontramos en el número 95, editado en 1988, *Las memorias de un reaccionario*, referidas párrafos atrás, donde Tulio Chiossone, ya con ese título en la portada y corajes bien colocados, virtualmente les está diciendo de hecho a quienes se autotitulan izquierdistas, algo así: -Bien, revolucionarios...¿y qué más?

Viejos bueyes aradores alivian afanes de labranza

A su regreso el 79 encuentra cambios hechos en el equipo de redacción, cuyo jefe ahora es Mario Delfín Becerra, y tendrá como sub director al excelente periodista y gran persona Ciro Urdaneta Bravo. A Mario Delfín el director Velásquez lo recuerda de modo especial, afectivo, y cuya fraterna imagen también yo, Julio Barroeta Lara, llevaré por siempre sembrado en la parcela donde habitan mis permanentes afectos junto con Ciro, por supuesto, y Oswaldo Pérez Estéves, Juan Martínez Pozueta, Francisco (Pancho) Guerrero Pulido, José Ratto Ciarlo, José Sardá, Omar Pérez, Heberto Castro Pimentel, Francia Natera, Guillermo Campos Martínez, Felo Jiménez, Cristóbal Guerra, Francisco Edmundo “Gordo” Pérez, Pedro Juliac, José Salvador Perdomo, Carlos Dorante, Kalinina Ortega, Alba Sánchez, María de los Angeles Serrano, Argenis Martínez, Asdrúbal Barrios, Oscar Méndez Castro, Francisco Camacho Barrios, Lorenzo Batallán, Miyó Vestrini, Elizabeth Baralt, Marlene Risk, Chepino Gerbasi, José Benavides, Carlos Silva Valero, Karmele Leizaola, Elides Rojas padre y Elides Rojas hijo, Alvaro Benavides, Hugo Colmenares, Asdrúbal Barrios, Teresa Alvarenga, Mara Comerlatti, Rosita Regalado, Rosita Caldera y otras musas que me escapan de la memoria, y Dimas Ibarra, J. R. y Alberto Castrillo, Alvaro Benavides, Jano Granados, Carlos Balda, Guillermo Tell Troconis y del taller a tantos y tantos más que correspondieron en mucho, y corresponden, a la parte de ese diarismo informativo que se desliza silencioso. Es el trabajo entre bambalinas. En la ópera el tenor y la soprano se llevan la ovación total y pocas remembranzas hay para el barítono, el libretista o el autor de la música. Sólo se acuerdan de ellos los críticos cuando la obra fracasa, pues resulta muy fácil escribir en “no” para decir que habría cantado mejor la estrella si el argumento hubiese sido coherente y la música menos desafinada.

Un diario debe funcionar como un sincrónico, afinado, mecanismo de relojería. No contando con un jefe de información que sepa jerarquizar los acontecimientos que estallan en noticias y un rector de páginas de opinión que no demuestre criterio selectivo y en fila india publique los textos que le van llegando, es una luz menguante. Lo espera el barranco. Velásquez, que sabe repartir lo justo, comenta, refiriéndose a su segunda etapa como director:

Cuando regresé en 1979 ya no estaba José Moradell. Pero lo había sustituido un hombre de excepcionales virtudes: Mario Delfin Becerra, cuya consagración a la vida de El Nacional es imborrable. Becerra lograba el dominio de los distintos aspectos de ese moderno diario y sin hablar mucho se entendía admirablemente con las nuevas generaciones de periodistas.²¹

(V)

La historia igual cuenta lo que ocurrirá mañana

Asimismo crea Velásquez, atendiendo a su referida estrella guía, una página semanal de Historia, cuya coordinación puso en mis manos. Si en su terreno informativo el periódico te refiere lo que ocurrió ayer, y te mantienen el oído atento, la historia escrita te dice lo que ocurrirá mañana. Es una bola de cristal para quien sabe leer sus firmes pronósticos y colocar aparte los desvaríos. Sería por ello que Cervantes, hablando a través de su imaginario Cidi Hanmete Bengalí, advierte que la fantasía puede ser bella pero no tiene cabida en la historia:

“El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.”

Los pueblos que no saben de dónde vienen tampoco sabrán jamás a dónde van. Tropezarán siempre, digamos parafraseando la meditación aristotélica, con la misma piedra. Somos una nación sin precisas definiciones históricas. No hemos aclarado aún, en los cinco siglos que van desde 1498, si lo de Cristóbal Colón fue descubrimiento, encuentro, acercamiento, trancazo; si Guzmán Blanco fue un gran estadista o sólo un dictador con perfume francés.

Durante ese lapso de valorización del tema histórico se incorporaron a *El Nacional*, entre otros, los importantes historiadores Ildefonso Leal, Elías Pino Iturrieta, Virgilio Tosta, Aureo Yépez Castillo, que escribieron

21. Velásquez. Entrevista (cit.) Marlene Risk.

para la página C-1. De los veteranos meritorios, Guillermo Morón allí tendría una columna de publicación quincenal.

Con la magnitud de la gran estrella guía

En ese improvisante ir haciendo camino al andar del venezolano, digamos un fecundante y avanzado vivir al riesgo, por nada se debe permitir la turbulencia y en esa prevención no habrá jamás otra estrella guía con magnitud como la Historia. Por descontado es de suponer que no nos referimos a la historia de las batallas, un resultado y no un origen, y lo cual tantas desorientaciones han traído en la formación de la moderna conciencia del venezolano al reducir al sólo protagonismo de los guerreros la trascendente gesta que es crear la República, magna realización universal del Siglo de las Luces. Ese subdesarrollo de los conocimientos en la colectividad que alcanza insospechables niveles, ha permitido que los llamados a preservarla reduzcan los programas para su estudio en la Secundaria y tampoco gestionasen que ellos fuesen sustanciados en los programas de las universidades. Me atrevo a formular esa observación que incluye a la Universidad Central, que en largo tramo es la que mejor conozco, y guardo especial afecto, agradecimiento, respeto, por haber sido allí profesor en la Facultad de Humanidades durante más de dos décadas y amansado pupitres hasta culminar licenciaturas en Periodismo, licenciatura y maestría en Letras y cursar escaladas en esa magna casa de estudios hasta llegar a profesor titular y recibir un doctorado en Historia. De este último tramo me honro en recordar, y de ello dejo constancia, del apoyo docente que recibí de la académica doctora doña Hermila Troconis de Veracochea, tutora de la tesis de grado, y que igualmente me honra el haber tenido por jurado a los distinguidos Ramón J. Velásquez, José María Aizpúrua, Elías Pino Iturrieta, Manuel Caballero.

Eduardo Arcila Farías, teniendo presente esa frivolidad con que el Estado ha venido desde siempre tratando la enseñanza de la Historia, en la ocasión en que se discute con tanto fragor lo relativo a tales programas, me encarga solicitar la opinión de los historiadores José Nucete Sardi, Guillermo Morón, J.L.Salcedo Bastardo, Rodolfo Quintero, Elías Pino Iturrieta, cuyos resultados él estructuró como una especie de conversación de mesa redonda, bajo el título *Tertulia para Recordar*, al publicarla en su

excelente Revista de Historia²² Estuvo basada en una pregunta piloto: *¿La enseñanza de nuestra historia contribuye a formar venezolanos para el desarrollo?*

Respondieron (sintetizo):

José Nucete Sardi: *“A ningún tipo de ciudadano pues se enseña por cuenta-gotas y casi sin explicaciones que el alumno necesita”*

Guillermo Morón: *“Cada nueva generación pretende olvidar e incluso destruir las huellas del pasado. (...) El hombre es completo sólo cuando conoce el pasado. Conocido el pasado, tiene sentido el presente y puede comenzar construirse, racionalmente, el futuro. Ningún proceso es posible desde la nada: hay que comenzar sobre lo ya conocido.*

Salcedo Bastardo: *“Yo diría que hasta ahora, la historia que se enseña en casi todos los niveles educativos, desde la primaria hasta la Universidad, contribuye a formar un tipo de ciudadano confundido y aturdido, desconocedor de lo que es, de dónde viene y a dónde va. En esa historia traicional -aparte del exceso de información política y militar- prácticamente no hay una sola enseñanza clara y coherente.”*

Rodolfo Quintero: *“Algunos elementos, los que rodean de dificultades la realización de nuestro propio destino, son remozados y manejados ahora por los agenes del coloniaismo moderno, portadores en nuestra sociedad de culturas importadas, trasplantadas de las metrópolis.”*

Elías Pino Iturrieta: *“(...) dado que la historia se acerca a sus objetos ligada al presente y al servicio de causas proyectadas sobre el futuro, la desarreglada construcción del pasado -cuya transmisión también desarreglada se efectúa por la cátedra de escuelas y liceos- sólo es capaz de crear una prole de extrajeros en su propia tierra, desprovistos de instrumentos que un conocimiento metódico de su inmediato ambiente puede ofrecer para el combate del subdesarrollo.”*

Es de soltar al aire una interrogante: ¿aún, a los treinta y seis años , están vigentes tales respuestas?

22. JULIO BARROETA LARA. *Tertulia para recordar*. Revista de la Historia. No. 31. Caracas. Junio 1971. P.67.

No hay rama del conocimiento que, por tener todas origen y desarrollo en lo humano, deba quedar excluida de la historia escrita. De ello, de la certeza de su importancia, tenían ya los pueblos antiguos como especialmente lo distinguieron los egipcios, en cuyas tumbas se hacían ellos enterrar con papiros destinados a ser leídos por las generaciones subsiguientes; y los griegos, que desde sus profundidades nos envían la voz de Homero, de quien, aunque su existencia esté en duda, su espíritu, aunque fuere sólo un juego travieso de la poesía, flota en presente y junto con ser su primer poeta viene a ser, con la *Ilíada* y la *Odisea*, un trascendente historiador. ¿No es posible certificar los hechos? Pues no habrá quien niegue la reconstrucción, y eso es historia extraída del aura de realidades, de ese escenario vital en que se asientan los relatos. En caso tal, son virtudes de las musas hacernos dar por cierto lo que es y lo que no es. Con el sólo comienzo de la *Odisea*, él podría callar las dudas en ese rescate del mundo ido:

“Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio.....

¿ De cuál otro modo, a no ser por la historia recogida desde Herodoto y puesta en letra, sabríamos que el padre de la medicina, Hipócrates, había estudiado ya la magia nativa del perejil y reponía la salud con cataplasmas de yerbas, todo lo cual puede dar idea de cuánto hemos avanzado, o que Fleming fue eje principal en el descubrimiento de la penicilina o que Pasteur, otro genio de la ciencia intuitiva como igual aplicada, es el creador de la vacuna contra la rabia, o que muchos gobernantes equivocadamente consagrados como gente de noble proceder sólo han sido sátrapas de carnaval ?

Al acopio de nuestra enseñanza de la historia patria no es que le falte calidad, que la tiene y en buen grado, sino en precisión para relatarla, extensión en lo fundamental necesario, y por sobre todo en profundidad sociológica, sin lo cual apenas queda en ser una entelequia. Ello abrirá los ojos a nuestro pueblo global y así éste se les atravesará en el camino a los aventureros de la política y a los acomplejados caudillejos que brotan de los chirivitales con una escasa cerebro que les hace confundir la electricidad con la culebra de agua.

Y lo humanístico podría ser igualmente utilitario

A esos recortes de programas en la Historia como materia formativa de conciencia colectiva, profesores y académicos oportunamente le hacen objeciones, de palabra o por escrito, al considerarlos demostración de apreciar poco a ese primario recurso cultural que combina, como ningún otro, lo sabio humanístico y su inmenso beneficio utilitario. De quienes defendieron, a nombre de la colectividad, el derecho a entrar en el sabio templo de la Historia, debo citar, esperando no se me quede alguno en las teclas, por supuesto a Velásquez, como entre otros igualmente distinguidos Uslar Pietri, Guillermo Morón, Ermila Troconis, Ildefonso Leal, Elías Pino, Armas Chitty, Fernández Heres, Brunni Celli, Rodríguez Campos, Polanco Alcántara. En la ocasión la Academia de la Historia publica un comunicado suscrito por todos sus individuos de número, con el respaldo explícito o implícito, y es innecesario decirlo, de quienes somos sus académicos correspondientes.

Vital para cualquier ciudadano es estar bien informado y de ese modo saber qué ha sido su país y consecencialmente cuál destino lo espera y en cuanto a la historia evitar, digamos por ejemplo, que a Simón Bolívar la ignorancia le coloque trapos barroquistas que no necesita y a José Antonio Páez feos pecados en los cuales no incurrió y bastante tiene con cargar los genuinos; que a la España fundamental se le cobren deudas por odios baratos como el haber permitido que aquí se les colase un indeseable José Tomás Boves, cuando jamás podremos pagarle deudas tan fundamentales como son el evolucionado modo de hablar y el Cristo que nos humaniza. Estamos, al parecer, viajando sin brújula en busca del porvenir. A esa conclusión me lleva una vivencia que vale traer al presente: de los dos profesores de idiomas que tuve dentro de mis afanes estudiantiles, recuerdo a Héctor Mago, excelente pedagogo, y a otro, de paso tan fugaz que y debido a ello y a los años transcurridos la memoria no me guarda el nombre, del cual poco aprendí de la materia, pero me dejó sembrado el tesoro de una joya de la filosofía griega, que él repetía con devoción:

-Si no sabes lo que buscas, ¿cómo vas a reconocerlo cuando lo encuentres?

Sustancial es decir ahora que se publicaban diversas columnas con temas historiográficos en la página de crónicas y comentarios C-1, firmada

una de ellas con la sigla J.R.S , cuyo autor no estaría tan lejos de la vista que al respecto el doctor Amilcar Plaza, médico y profesor de Historia de la Universidad Central, me comentaba en una ocasión:

-¿De dónde saca Ramón J. esos textos? ¡Son verdaderos incunables !

Adquiere para ello periódicos y libros deshilachados que se los veo desplegar en su escritorio, y de los cuales extrae polvosa correspondencia de Pío Gil, proclamas del Mocho Hernández, aspavientos de Cipriano Castro, barullos rolleros de los caudillos baratos. El se ocupa, y eso en cierto modo también lo hicieron Antonio Arraiz, Reyes Baena y demás directores que le antecedieron, de que oportunamente no falten espacios para las fechas relacionadas con venezolanos trascendentes, las fundaciones de ciudades, batallas civiles o militares por la libertad, logros gloriosos, de lo cual resulta ese pan que, a juicio de Laménais, *“los pueblos deben ganar con el sudor de su frente.”*

Las machetas editoriales de *El Nacional* son expresión del alma de sus directores. Velásquez, en quien hay una no muy conocida fase de humor, y de la cual me atrevo a decir que lo hace uno de los mejores narradores de anécdotas humorísticas que he podido escuchar, publicó pues una mancheta que bien podría refrendar mi aseveración. Luis Herrera Campins, sonreído llanero guachamarón, en las enfáticas presentaciones publicitarias de su campaña electoral hacía con brazos y puños unos gestos para graficar que estaba listo para derrotar a su adversario Luis Piñerúa, de AD, pues la síntesis de Velásquez en la mancheta, precisamente el 5 de abril del 79, día en cual asume la segunda etapa como director, es:

¿ A quién va a noquear el Presidente?²³

Y otra vez a nunca bien estimada Historia

Tan pronto deja Velásquez la dirección, a la semana siguiente ya no aparece la especial Página de Historia creada por él dentro de las secciones

23. Velásquez. Mancheta. *El Nacional*. Caracas. 19 Mayo 1975.

informativas y que bajo su supervisión ha puesto a mi cargo. En cada oportunidad escribían en ella cuatro o cinco historiadores, unos veteranos y otros nuevos. He mencionado en alguna parte que ese señor tan útil a Venezuela que fue Henry Pittier, comenta en la revista órgano de la *Fundación Venezolana de Ciencias Naturales* que trabajando él en exploraciones científicas por cuenta del Departamento de Estado Norteamericano cuando se construía el Canal de Panamá, pasada una media noche sintió allá, en esa plena selva centroamericana, un rumor que venía de la oscuridad, junto con el croar de sapos y el cantar de los grillos, el chisear de los cocuyos. Se acercó al sitio y a través de los árboles vio que alrededor de una fogata estaba un indio viejo en círculo de jóvenes nativos que le escuchaban con alerta devoción. Al informarse mejor le dijeron que

*habitualmente los ancianos de la tribu
relatan sus hazañas guerreras a los niños
para que mantengan conciencia de los valores de su pueblo.*

Cada director ha marcado su respectivo tránsito por el diario. Antonio Arraiz, Humberto Rivas Mijares, Miguel Otero Silva, Oscar Palacios Herrera, Arturo Uslar Pietri, José Ramón Medina, mantuvieron marcadas preferencias hacia la literatura y el arte en general, en tanto Reyes Baena hacia la enseñanza y Quirós Corradi hacia la no menos indispensable organización estructural de este descuadenado país. Pues Ramón J. Velásquez lo hace hacia la Historia, ese sembrado del cual brotan las espigas del amor hacia el propio suelo, huellas del ser humano sobre las cuales debe la nación asentar cuidadosamente los nuevos pasos, uno a uno y otro tras de otro para no caer al despeñadero, trascendencia invaluable a la cual José Martí, en la intuición de sus veintiún años de edad, coloca en este relieve:

*Los pueblos tienen la necesidad de amar algo grande
de poner en un objeto sensible su fuerza de creencia y amor.*